

LOS CELOS

V LA

ELECTRICIDAD

POR C.

**BUENOS AIRES**

Imprenta, Litografía y Encuadernación de J. Ponce

San Martín, Núm. 98, 96 y 101

1886



# ÍNDICE

I	Misia Herminia y D. Vituperlo.	5
II	Un proyecto maquiavélico.	27
III	El aparato se instala.	43
IV	El aparato funciona.	61
V	Revelacion horrible	99
VI	¿Dónde está el galan?	119
VII	Todo se aclara	163
VIII	Todo se arregla	181





## I

### MISIA HERMINIA Y D. VITUPERIO.

---

Una de las mujeres mas hermosas y atrayentes de la ciudad, era, sin duda alguna, Misia Herminia, la lejitima y amada esposa de D. Vituperio.

Jóven, agraciada y de buen porte, al pasar por la calle con su andar elegante y garboso y ostentando su pecho turgente, era causa de que todo hombre que aun sentía latir en su pecho los amorosos impulsos que, cual herencia inalienable, han legado Adan y Eva á su numerosa prole, dejase escapar un sus-

---

piro, por lo menos, que revelaba deseos mal reprimidos y sintiese sus ojos animarse y reconcentrar toda la intensidad visual de que eran capaces, como para ver mejor y acariciar con sus miradas esas bellas formas y ese simpático rostro que se le aparecían repentinamente; y esto, á pesar de que la expresión digna y honesta de ese rostro era, como un letrero en que se hubiera escrito: mírame y no me toques.

Antaño, Misia Herminia no hubiera salido tal vez impunemente á la calle.

Porque, en esos tiempos de que queremos hablar, cuando un caballero encontraba á su paso una mujer que le tentaba por demas, se ponía desde luego en su seguimiento y trataba por todos los medios de satisfacer sus deseos; y no se andaba con muchos miramientos, tanto para penetrar en casas ó conventos y alzarse con la bella como para romper lanzas ó cruzar la espada con algun

padre, marido ó rival que tuviese la mala ocurrencia de atravesársele en el camino para evitar el rapto.

Dichosos tiempos aquellos; porque, aún en el caso de que esas tentativas se frustrasen, de un modo ó de otro, quedaba al caballero la satisfaccion de haber hecho cuanto debia, como tal caballero, en pró de su amor; y, llegado al conocimiento de los contemporáneos uno de esos lances, los bardos cantaban su triunfo si veía logrado sus afanes, ó su muerte desgraciada si sucumbia en la empresa; y las doncellas repetian las canciones de los bardos y su nombre pasaba á la posteridad!

Pero, la civilizacion actual no tolera esos procedimientos y los caballeros de hoy se hallan condenados á sufrir el suplicio de Tántalo, ó bien á valerse de parientes y de curas para poder entrar en posesion del bien codiciado, y llenando muchas formalidades: sinó ahí están los



tribunales y las cárceles para hacerles entrar en razon.

Bien es verdad que, á fuerza de arterias, intriguillas, dinero, seduccion, y, mas que todo, cuando Cupido se muestra muy exigente, se cometen á menudo ciertas irregularidades; pero, como son asuntos clandestinos casi siempre y que suelen quedar entre gallos y media noche, vale mas no ocuparse de ellos considerándolos como no acaecidos.

Es que, volviendo á nuestra protagonista, llamaba verdaderamente la atencion Misia Herminia por sus cualidades fisicas excepcionales; una de esas hermosuras de quese enorgullece una ciudad y que se cita, se compara, enaltece y aún se critica como todo lo que sale de lo comun.

Éra de verse cuando, retardada por algun detalle de tocador, se dirigia apresurada hácia la iglesia á oir misa, el garbo y donaire con que hacia resonar el pavimento del eclesiástico portal con el



acompasado y menudo tictac del taco de sus botitas!

Era de verse como la miraban todos los hombres allí situados!

No había uno solo de esos codiciadores de bienes ajenos que suelen colocarse en los pórticos, que no hiciera alguna apreciación lisongera para ella; y á su proximidad, mas de un corazón aumentaba la intermitencia de sus latidos en la proporción de un cincuenta por ciento, por lo menos.

Era el poder que ejerce todo lo verdaderamente bello sobre todo aquel que siente.

Don Vituperio gozaba en gran manera al ver la admiración general de que era objeto su cara mitad y se sentía ufano y satisfecho al poderse decir que esa muger que todos admiraban y codiciaban era suya, exclusivamente suya y que él era su único dueño y señor, allí y en todas partes, porque era su marido.



¿Merecía don Vituperio ser poseedor de una prenda de tanto valor?

Porque nó.

Aunque algunos envidiosos opinaban que era mucha cosa para él solo, y hubieran querido repartir, no era esa suficiente razon para que se le considerase sin derecho á una muger hermosa. El mero hecho de nuestra existencia nos dá ese derecho.

Con una fortuna regular y una posicion social correspondiente aunque, si se hubiese llamado á concurso para discernir esa prenda como premio al mas sobresaliente por sus cualidades fisicas é intelectuales, tal vez no se hubiera llevado la palma don Vituperio, no adolecia tampoco de ninguno de esos defectos ó inferioridades resaltantes que hacen desmerecer á un hombre del comun de los mortales.

Si no era un Adonis, no era tampoco



un Cuasimodo: si no era un génio, no era tampoco un imbécil.

Era en fin un hombre y un marido como hay muchos y como muchas quisieran tener para desentumecerse de su soltería.

A mucho pedir, y para el caso de que quisiera darse la característica de ese matrimonio, podría hacerse diciendo que, todo bien considerado, ella valia un poco mas que él: pero nada mas.

Queda, pues, sabido que la esposa de Don Vituperio era una real hembra como dicen los calaveras y que él estaba muy ufano de ello.

Pero, lo mismo que no hay rosas sin espinas, no hay tampoco mujer bonita que no tenga sus inconvenientes: y á la par que la hermosura de su mujer le producía goces íntimos, le originaba tambien inquietudes y desasosiegos no menores; los cuales se comprenderán fácilmente con solo saber que D. Vitu-



perio era por naturaleza estremadamente celoso.

Era el reverso de la medalla, porque, esa inclinacion natural á los celos aumentaba en razon directa de los sentimientos de simpatia que su mujer, bien involuntariamente por cierto, inspiraba á los demas, como se los había inspirado á él.

No le era desagradable á buen seguro á Misia Herminia el efecto que sabia que producian sus dotes fisicos, porque esto no desagrada á nadie; pero jamas se la veía usar de esos extremos de coquetería que son propios de mujeres vanas y de poco fundamento y ninguna chocante afectacion usaba en su vestir ni en sus modales, aumentando esa misma circunstancia el poder de sus encantos.

No había, pues, peligro, por parte de ella al menos, para D. Vituperio, siendo como era, incapaz de la menor iniciativa



en el sentido de engañar á su marido.

Pero él, en su ceguera, no se fiaba mas que de sí mismo.

Así es que, cuando ella iba sola á alguna parte, cosa que Don Vituperio trataba que sucediese lo menos posible, era seguro que él no estaba lejos; pues, nunca dejaba en esos casos, de seguirla y velarla disimuladamente.

Se había convertido en una especie de angel custodio de su propia honra

Cuando ella iba á la iglesia, él se colocaba en una esquina próxima, ó se disimulaba detrás de algun grupo, de esos que suelen formarse en los pórticos y las reflexiones que oía respecto á su mujer, tanto acariciaban su amor propio como avivaban sus celos.

Al mismo tiempo que experimentaba la dicha de ser poseedor de una mujer que trastornaba á medio mundo con sus formas correctas y sus bellos ojos, cuyas miradas desvanecian á fuerza de

---

inspirar amorosa languidez, como decian por ahi, se veia asaltado por el temor de que pudiera ser engañado con alguno de esos mirones sempiternos; pues, habia notado que algunos de ellos eran infaltables á la hora de misa; y, en vez de suponer lisa y llanamente que fueran maridos que habian acompañado á sus esposas, ó novios que venian á ver pasar á sus novias y ser vistos por ellas, se figuraba que en su mayor parte, iban allí por su esposa, proyectando indudablemente relaciones ilícitas con ella y esperando una ocasion propicia para entablarlas con cualquier pretexto.

Son tan fáciles de encontrar esos pretextos para el que está alerta!

Un pañuelo que se cae, un ofrecimiento de mano para bajar un escalon resbaladizo, un incidente cualquiera, en fin, por insignificante que sea, puede dar lugar á que se entable una conversacion entre dos personas, aunque no se conoz-



can y se sabe el primer paso es el que cuesta.

Pero D. Vituperio abria el ojo y estaba alli de centinela montando la guardia, para que no pudiera tener lugar la menor escaramuza amorosa entre su esposa y los emprendedores: librando así á su honor conyugal de toda sorpresa por parte de sus numerosos enemigos.

—¿No es ridiculo — se decia algunas veces — que se permita esa aglomeracion de hombres en un sitio como éste? . . . . no es irreverente esa curiosidad exagerada en un lugar sagrado?

A veces, tambien, se le ocurria pensar que los mahometanos la entendian mejor que los que tenian las pretensiones de ser mas adelantados que ellos: pues, obligaban á sus mugeres, aun teniendo varias á la vez, á disimular sus facciones bajo un espeso velo que interceptaba las miradas estrañas y de esa manera nadie podia disfrutar de bellezas que no le



pertenecian; costumbre que tenia, además, la buena condicion de evitar que se despertasen tentaciones en los hombres por la imposibilidad en que estaban de poder apreciar é impresionarse con las bellezas que se escondian bajo esos velos, y es sabido que esas tentaciones son el punto de partida de todas las infidelidades y el origen primordial de todo manejo culpable.

De todo esto resultaba que, á pesar de que Misia Herminia fuese fiel y honrada y cumpliese religiosamente sus deberes de esposa, sin que tuviese siquiera la insana idea de apartarse de ese camino, D. Vituperio, fuera celoso en grado superlativo y no escatimase medio de fiscalizar todos los actos de su cara mitad, vijilando con disimulo y paciencia inverosímiles, sus idas y venidas, rejistrando muebles en busca de algun papelito revelador, ó de algun indicio sospechoso.



Asediado continuamente por ésos temores, se mantenía absorto en profundas cavilaciones, á pesar suyo muchas veces, y su imaginacion alborotada por los celos que, no por ser infundados le sobrecitaban menos, le hacia entrever mil probabilidades de naufragio, para la virtud de su mujer.

Habia una palabra que, por decirlo así, era la síntesis de sus inquietudes y le causaba insomnios y creia verla escrita en todas partes con letras de fuego como el Mané, Thecel, Phares del festin de Baltazar.

Esa palabra era; adulterio! y, cada vez que esa idea acudia á su cerebro un estremecimiento le conmovia todo entero pareciéndole ya ser victima.

Otras veces, en dias de tranquilidad de espíritu relativa, esa palabra tenia la propiedad de hacerle reflexionar y, siguiendo el hilo de los pensamientos que hacia cruzar por su mente, él que hasta

---

entonces no se habia ocupado de derecho criminal, ni de leyes penales, se ponía á meditar detenidamente, ahora que era casado, sobre la legislacion vigente respecto á infidelidades conyugales y sobre las penas impuestas á ese delito; tan cierto es que no nos ocupamos de ciertas cosas mas que cuando se relacionan directamente con nuestros intereses.

Lo mismo que en cada soldado puede haber elementos para formar un general, en cada hombre puede haberlos para formar un legislador y D. Vituperio, asombrado de la benignidad de las leyes actuales respecto al adulterio, juzgaba necesaria una reforma inmediata para mayor seguridad de la sociedad, dar mayor estabilidad á la familia y asientos mas sólidos á lo que él reputaba la base de la moralidad.

- Delito!—solía exclamar—clasificar de mero delito al adulterio, cuando po-

dia reputarse como uno de los crímenes mas execrables que pudieran cometerse por sus consecuencias tan trascendentales como funestas y los incalculables trastornos que origina!

No solo en la pena, sino hasta en la clasificacion misma notaba benignidad: mas que eso, una tolerancia culpable, en tratándose de un hecho que no tenia remedio, una vez consumado y el adulterio revestia ese carácter de irremediable.

Una casa que se quema, se reconstruye; un objeto que se hurta, se devuelve ó se paga, y son al fin meros perjuicios materiales que degeneran en cuestion de bolsillo; pero, el honor, una vez mancillado, no puede lavarse: aun no se ha encontrado ningun saca-manchas eficaz.

El adulterio merecia, pues, á sus ojos, el calificativo, no solo de crimen, sino de crimen múltiple, por todo lo que



destruía y anonadaba en lo presente y para lo porvenir.

La tranquilidad, la paz del hogar, la estima recíproca, muertos para siempre; el orden económico de la casa trastornado hasta en la sucesión de los esposos por hijos adulterinos, pérdida sin remedio para el marido la dulce satisfacción de poseer exclusivamente á la que había elegido para compañera de su vida y sin esperanza ya de poder disfrutar los goces que proporciona un amor correspondido y leal, y vilipendiado, además, y ridiculizado por la opinión pública que le considera como un objeto de risa y menosprecio.

¿Era esto tan poca cosa? . . . .

No era menos culpable dañar en su cuerpo á un hombre, matarle que asesinarle moralmente de esa manera? . . . .

Si: la enormidad del atentado saltaba á los ojos y su castigo debía ser proporcionado y ejemplar.



¿Porqué no se usaba de la misma severidad que otros pueblos de la antigüedad habian creído indispensable para reprimir el adulterio? . . . .

Así, se prevendrían muchas infidelidades, muchas deshonras y, por lo tanto muchos de los crímenes subsecuentes é inevitables á que el adulterio suele dar lugar como represalia, por celos y espíritu de venganza de los ofendidos.

¿Porqué no estaban en vijencia las sábias leyes de los lidios, ó de los sajones, ó de los romanos, por ejemplo, que condenaban, todas ellas, á los culpables de adulterio á la pena capital; ó las de los judios que los mandaban lapidar publicamente; ó por lo menos, y si no se querian llevar las cosas al estremo, las de los eipcios que disponian la aplicacion de mil azotes al hombre y mandaban cortar la nariz á la mujer? . . .

¿No hubiera sido esta eficaz, sin necesidad de matar á nadie?

¿Quién podía dudarlo? . . . .

¿Qué esposa se hubiera atrevido á engañar á su esposo, sabiendo que, si llegaba á ser descubierta, su nariz sería irremisiblemente cortada por la cuchilla de la ley? . . . .

Ninguna: todas serían un ejemplo de fidelidad conyugal.

Cualquier mujer puede tener el valor suficiente para espouerse á los furoros de un marido engañado; pero ninguna lo tendría para pecar, sabiendo que su nariz responde de su fidelidad y que, en caso de ser descubierta, su apéndice nasal sería legalmente cercenado por un verdugo *ad-hoc* en un paraje público! . .

Afrontar la muerte es cosa comun; el ser humano se ve obligado á connaturalizarse con esa perspectiva y, á veces, juega su vida por un mero capricho; pero, que una mujer afronte una amputacion semejante que, de una vez, destruiría la integridad de su fi-

sonomía, la armonía de sus facciones, su reputacion y que sería como colocarle un letrero infamante é indeleble que publicaría su deshonra hasta la última hora de su vida, no es creible: y su espíritu se fortalecería seguramente contra flaquezas que tan caras le costarían.

Y ¿que se necesitaba para obtener un resultado tan magnífico?

Casi nada.

Unas cuantas palabras cambiada en el Código Penal y, en adelante, con solo esa pequeña modificacion, la moralidad de las costumbres aumentaría, como por encanto, en una proporcion inesperada; las familias, y por lo tanto la sociedad en general, gozarian de mayor ventura y estabilidad; pudiendo entonces los maridos dormir á pierna suelta, libres de insomnios y preocupaciones, pues que las narices de sus mujeres estarían allí, como las pólizas de una Com-



pañía de Seguros, para garantizarles la integridad de su honra marital!

Esto mismo serviría para poder distinguir á las mujeres honestas de las que no lo fueron; y, toda dama de nariz intacta sería objeto de la consideracion y respecto públicos, á la inversa de las cercenadas que se verían obligadas á huir de la sociedad y enclaustrarse para evitar el ridículo y menosprecio de todos.

Era pues evidente la incuria imperdonable de los legisladores.

Ah! si él hubiera sido diputado! que Proyecto de Ley hubiera sometido á la aprobacion de sus colegas y que reformas hubiera propendido á introducir en la legislacion relativa al adulterio! . . .

Pero, desgraciadamente, no lo era y no tenia tampoco bastante influencia con algunos de sus amigos que lo eran, para hacerlos obrar en este sentido.

Uno de ellos á quien habia hecho





confidencias especiales sobre el particular, el que mejor le habia atendido, le habia contestado que la idea en sí no era mala; pero, que esa cuestion de narices era mas grave de lo que parecia figurarse; que lo pensaria, sin embargo, detenidamente para presentar un proyecto si vislumbraba probabilidades de ser apoyado por sus colegas, y que no lo hacia sobre tablas por que la Cámara pasaba por un período de mucha laboriosidad y tenian que ventilarse muchos asuntos de importancia.

Esto podia ser una evasiva como cualquiera otra: y, aunque no considerase perdida toda esperanza, D. Vituperio se veia impotente para que sus proyectos dejasen de ser tales y entrasen en una via de realizacion.

¡ Cuántas ideas sanas: cuántas progresistas reformas, deja de beneficiar la sociedad por falta de influencia de un hombre y por el espíritu rutinario y la

---

despreocupacion de los que debieran abogar por el triunfo de esas ideas y de esas reformas!?. . . .

Pero ¿qué hacer sino imitar el ejemplo de don Vituperio? . . . .

Lamentémonos; pues, con él de la mala voluntad y poca perspicacia de nuestros prohombres; pero no perdamos tampoco por completo las esperanzas de ver algun dia el bello sexo ostentando narices responsables! . . . .

Y, entonces; todo marchará á pedir de boca; porque, aquí para entre nos, señores hombres, el único medio de evitar los desmanes de esa gente. Hablamos de las mugeres y apelamos al testimonio de la historia—es poner en vijencia las sábias leyes de los egipcios, quienes, así como han asombrado al mundo erijiendo pirámedes, han cimentado las bases de su moralidad social echando abajo narices. . . .!



## II

### UN PROYECTO MAQUIÁVELICO

**P**or otra parte, justo es decir que D. Vituperio tenía doble derecho, si cabe, para exigir que su esposa se contentase con su marido; pues él cumplía con religiosa escrupulosidad sus deberes de tal y nada podía reprochársele en su conducta de hombre casado

Era hombre de buena salud y robusta complexion, en la flor de la edad, no tenía querida de contrabando, ni trasnochaba; por lo que venían á constituir D. Vituperio y Misia Herminia un matrimonio en que no habia desperdicios, por que todo quedaba en casa.

El no gastaba ni su dinero ni su salud con otras mugeres, y, hubiera sido necesario que su esposa fuese muy descontentadiza para no mostrarse plenamente satisfecha de los maritales tributos que D. Vituperio le brindaba, integros, sin el menor descuento ni el menor fraude.

Pero, ya lo hemos dicho, satisfecha estaba; y, por su parte, no pensaba tampoco defraudar á su marido en lo mas mínimo; siendo bien infundadas las aprehensiones de este respecto á una muger á quien nada faltaba.

Pero ¿como tranquilizar el espíritu de un hombre celoso, cuya imaginacion inquieta, siempre divagando, de pura fatigada á menudo, tiende á volver á la idea fija de su punto de partida y á mostrarle en todas las cosas, en los hechos mas inocentes, en las frases mas ingenuas, palabras convencionales é indicios de culpabilidades y negras tramas? . . .

A la persona mas empecinada, al hombre mas testarudo puede llegar á convencersele con razones más ó menos especiosas y pacientes; pero, á un hombre celoso, no. Se muestra sordo y réacio á todo racionio, que tienda á aniquilar el sentimiento que la absorbe.

Asi andaba, pues, D, Vituperio con sus celos á costas que le tenian constantemente preocupado y ceñudo y no sabiendo como componérselas para salir de dudas; ya adquiriendo el convencimiento pleno de que su muger le era fiel, ó bien la certidumbre de que le engañaba, para, en el primer caso, disfrutar en paz y tranquilidad de sus goces matrimoniales, libre de inquietudes y, en el segundo, tomar las medidas represivas que fueran oportunas segun el estado de las cosas y si aun era tiempo ó vengarse si, desgraciadamente, esas cosas hubieran llegado á un punto que



hiciese necesario echar mano de medios extremos para satisfaccion del honor mancillado, cuando, en una de esas ocasiones en que iba siguiendo de lejos á su muger con su constante preocupacion, los innumerables hilos telefónicos que cruzaban las calles en todo sentido, como telarañas, le sugirieron una idea, un proyecto verdaderamente maquiavélico.

Consistia este proyecto en hacer colocar en su casa, clandestinamente, sin que lo supieran, ni su esposa, ni nadie de la casa ni de la vecindad, aparatos telefónicos que pudieran trasmitirle, estando él fuera de su casa, todo cuanto en ella se dijera por las personas que en ella estuvieran, de modo que él pudiese enterarse de cuanta conversacion tuviera lugar entre esas personas que, sabiéndole ausente de la casa, hablarian libremente sin sospechar que podría estarlas oyendo.

Entónces estaria en exelentes condiciones de poder fiscalizar á su mujer en

los momentos mismos en que se creeria mas al abrigo de toda indiscrecion.

Ademas, podria escuchar tambien cuanto dijeran los sirvientes entre si, y es sabido que los sirviente hablan mucho y de muchas cosas.

En el primer momento D. Vituperio dudó de que fuera posible la realizacion de ese proyecto tal como lo deseaba.

Poco versado en la ciencia de la electro-telefonía y no conociendo el funcionamiento de los aparatos mas que por la practica superficial que todo el mundo tiene de hablar por medio de ellos, y aun esto le habia ocurrido pocas veces, no podia resolver esa duda por sí solo y, á este fin, se trasladó incontinentemente, ya impaciente por saber á que atenerse, á casa de un constructor de aparatos de esa clase, cuyo taller se hallaba no lejos de su domicilio y venia á ser poco menos que vecino.

Una vez allí, enteró al constructor

de sus deseos y de sus planes, aunque sin precisarle el móvil principal que le guiaba y le preguntó si la intalacion que proyectaba era realizable y si podia hacerse cargo de llevarla á cabo en caso afirmativo.

El constructor que conocia á D. Vituperio en su calidad de cuasi vecino y tambien por su fama de celoso, fama que, á pesar de su disimulo iba estendiéndose ya fuera del radio de su vecindario, se hizo cargo al momento de lo su interlocutor deseaba y adivinó sus intenciones, á pesar de las reticencias de que habia usado para no dejar traslucir su verdadero désignio y fué con gran satisfaccion que el celoso marido oyó la respuesta que le dió.

— Lo que desea, no ofrece dificultad mayor alguna — dijole el constructor, quien, viendo una ocasion de beneficiar, es prometió aprovecharla — Si mal no he comprendido, lo que Vd. quiere es poder



fiscalizar, oír, darse cuenta, en fin, de lo que digan los que residan en su casa sin que sospechen que, Vd. ausente, los pueda escuchar; y no solo lo que digan, sino también lo que hagan, por que, así como los aparatos telefónicos transmiten las palabras, transmiten también los demás ruidos y sonidos que se producen en el campo de su acción, en un radio determinado que puede ser más ó menos extenso según el grado de sensibilidad que posean y cuando se hallan instalados en las condiciones necesarias para dar ese resultado; y es claro, que, oyéndose las palabras, los pasos, los ruidos que produzcan esas personas con objetos y muebles, es lo suficiente para darse cuenta clara de lo que hacen, lo mismo que de lo que dicen. ¿No es ese su objeto? . . . .

—Precisamente—dijo D. Vituperio gozoso—eso es lo que deseo y no repararé en el costo.

—El costo no será mucho. Talvez menos de lo que se imagina; por que, al fin, no se requieren grandes dispendios ni aparatos de mucho precio. Unos cuantos trasmisores microfónicos, un aparato receptor, algunos elementos de pila, y el alambre necesario para la línea, ligar los micrófonos entre sí y formar el circuito con la tierra, esto para evitar la línea doble que sería necesaria sino hicieramos uso de la tierra; y hélo aquí todo. Será cosa de unos dos ó trescientos pesos, segun las exigencias del local ya vé V. que no es mucho.

—Pues, corriente—dijo D. Vituperio frotándose las manos con satisfaccion— y le recomiendo todo el esmero posible en la instalacion que le encargo para que se oiga bien, sin interrupciones, y no sea necesario volver á tocar los aparatos una vez colocados, porque esto causaría mucho trastorno.

—En cuanto á eso caballero—repuso

el constructor, cuyo amor propio de tal, entraba también en juego—pierda Vd. cuidado. La que Vd. me pide es una instalación de carácter especial, es verdad, porque, en las que suelen hacerse generalmente, los micrófonos se encuentran á mano para poderlos arreglar cuando á consecuencia de un movimiento cualquiera, por el desgaste, ó por la disgregación molecular que produce la corriente, las partes en contacto pierden su sensibilidad y no vibran en buenas condiciones; pero, hago uso de materiales especiales, y con la práctica que tengo de estas cosas, creo poderle asegurar que los aparatos que haré colocar lo dejarán completamente satisfecho. Mire Vd. esas tres medallas: las he obtenido en tres exposiciones por la esmerada construcción y los buenos resultados obtenidos con los aparatos telefónicos con que concurrí á ellas. He instalado, e instalado á menudo aparatos para la au-

---

dición á distancia de representaciones teatrales y de conciertos y siempre he recibido las felicitaciones de los que me han ocupado. Oiga Vd.: la buena calidad de los micrófonos que se emplean como trasmisores electro-telefónicos, con mil formas diferentes, consiste principalmente en la estabilidad de su reglaje, es decir, en que, una vez colocados y puestos en condiciones de transmitir la voz, la música ú otros sonidos cualesquiera, permanezcan en ese estado el mayor tiempo posible, sin que la conveniente presión de los contactos y sus condiciones vibrátiles se alteren de manera que sean necesarios una nueva intervención y un nuevo reglaje; reglaje que si bien es cosa fácil en los aparatos de uso común, sería dificultoso en el presente caso; y, una vez colocados los aparatos en su casa, deberán funcionar indefinidamente, sin la intervención de persona alguna, puesto que no podrían



reglarse de nuevo sin iniciar en el secreto á los habitantes de la casa, salvo el caso de que se hiciera desalojar cada vez que fuera necesario, lo cual seria poco práctico. Instalaré, pues, en su casa micrófonos que, gracias á un pequeño perfeccionamiento que yo he llevado á cabo y que estriba en un pequeño mecanismo automático de mi invencion, permanecerán indefinidamente en buenas condiciones de trasmision y todos los sonidos que se produzcan en los aposentos en que se encuentren podrán ser oidos por Vd.

—Bien; esto es lo que yo desco y ahora solo nos falta arbitrar los medios de que nos hemos de valer para que que puedan ser colocados secretamente; pero, esto corre de mi cuenta y volveré á avisarle en el momento oportuno.

—Para llevar á cabo la instalacion en las mejores condiciones posibles, —agregó el constructor — seria necesario, en

primer lugar, que todas las personas que habitan en la casa la desalojasen por un día si quiera para que podamos colocar los aparatos sin que lo vean y creo que no le faltará á Vd. algun pretesto para obtener ese desalojo sin depertar curiosidad; y, en segundo lugar, sería necesario disponer de una habitacion que se encuentre en otra casa, cerca ó léjos de la suya como le parezca mejor, dado que la distancia poco importa, y á la cual solo Vd. tenga acceso, para poder colocar en ella el aparato receptor; y, así, cuando quiera saber lo que se diga y haga en su casa durante su ausencia, no tendrá mas que trasladarse á ese cuarto y lo sabrá todo sin que nadie lo sospeche.

—Pues, prepárelo todo cuanto antes porque tengo un pretesto excelente para hacer desalojar mi casa por unos cuantos días; pretesto tanto mejor, cuanto que responde al lleno de una necesidad sentida desde hace tiempo. Mañana



mismo mandaré á mi muger á que vaya á pasar algunos dias en una casa quinta de una parienta suya, daré asueto á los sirvientes y, pasado mañana, estará la casa á su disposicion.

— Descuide Vd. que todo estará listo y una vez desocupada la casa colocaremos en cada aposento un pequeño micrófono que disimularemos ya detrás de algun mueble estable, ya en las tapicerias, ya en los cielos rasos, segun sea mas adecuado, cosa fácil; pues, esos micrófonos podrán ser todo lo pequeño que se quiera, no teniendo accesorios de recepcion, ni pilas que se encontraran en el aposento de que hemos hablado. Los colocaré de modo que nos baste un sólo hilo de línea para todos. En cuanto á los alambres conductores de un cuarto á otro, será muy facil hacerlos pasar detras de los empapelados, á lo largo de los techos, de modo que no se vean, y, una vez todo arreglado, cuando quiera ponerse en ob-



servacion, no tendrá mas que trasladarse al cuarto que le servirá de escuchadero y una vez puestos en circuito los micrófonos, las pilas y el teléfono receptor, por medio de un conmutador cuyo sencillo manejo le enseñaré y que es indispensable para que las pilas no se gasten inútilmente cuando no utilize el aparato, oira Vd., lo repito, cuanto se diga y haga ruido en las habitaciones de su casa. Como le dije antes; no es la primera instalacion de esta clase que se hace y, entre otros, puedo citarle la que cierto personaje político hizo llevar á cabo, bajo cuerda, en una sala en que se reunian los miembros de un club político opuesto á su partido y que le sirvió de mucho porque estaba al cabo de todos los planes y manejos de sus adversarios. No nombro á nadie por que, como vd. comprenderá, hay que guardar cierta discrecion profesional.

—Pues, queda cerrado el trato—con-



cluyó D. Vituperio, completamente satisfecho—y voy á ocuparme desde este momento del desalojo de la casa. Prouto me tendrá vd. por acá para avisarle que puede colocar los aparatos.

Y se marchó.

--Pues señor—iba pensando á medida que andaba—es mas que probable que los inventores de los aparatos telefónicos no se han imaginado la aplicacion que voy á hacer de su invento; y, segun parece, á juzgar por lo que me ha dicho el constructor, la instalacion dará resultados mejores que los que me habia atrevido á esperar . . . . . Con todo, no me parece muy loable que digamos el proceder que observo respecto de mi mujer . . . . . Pero, bah! esté yo seguro de que no me engaña y abur! . . . . . Además podré estar al cabo de cualquier iniciativa y reprimirla con tiempo y ella no sabrá nada . . . . . Desde luego voy á ocuparme del desalojo de la

casa: tengo un pretexto magnífico y que viene como de molde: aprovechémoslo . . . . Vaya, vaya . . . . y qué quisquilloso y desconfiado se pone uno cuando tiene una mujer como la mia! . . . . . Bien es verdad que Herminia tiene una cara y un modo capaces de tentar á un santo y, por si no bastán los ojos, abramos tambien los oidos! . . . . .





### III

#### EL APARATO SE INSTALA

**D**on Vituperio no se veía apurado, en efecto, para encontrar el pretexto que le permitiera hacer desalojar su casa sin causar estrañeza, ni á su esposa, ni á los sirvientes, ni á nadie.

Habia una circunstancia feliz que favorecía mucho sus planes y no dejó de aprovecharla.

Hacia ya algun tiempo que su casa solariega necesitaba imperiosamente algunas refacciones, tanto al interior como al exterior y el mandarlas hacer habia sido ya resuelto anteriormente en consejo matrimonial.

---

Reboques, blanqueos, pintados de puertas y ventanas, arreglo de algunos desperfectos en los pisos y techumbres, eran ya indispensables y la oportunidad no podia ser mejor para D. Vituperio.

El mismo dia, pues, en que habia tenido lugar su entrevista con el constructor, dijo á su esposa, muy agena por cierto al lazo que se le tendia, que habia resuelto que esas refacciones se hicieran sin mas demora, pues que, cuanto mas se aguardase en mandarlas hacer, mas costosas serian. Que por lo tanto, tendria que desalojarse la casa por algunos dias á fin de que pudieran hacerse los trabajos en todas las habitaciones simultáneamente; pues, era la mejor manera de abreviar el tiempo que debia emplearse en ellos y se evitaban tambien las molestias inevitables que hay que sufrir cuando se permanece en una casa en compostura. Le pidió tambien su opinion sobre el color de las pinturas que debian

emplearse y del papel con que habian de empapelarse los cuartos.

Misia Herminia, comprendiendo que, en efecto, era lo mas conveniente hacer las cosas de la manera indicada por su marido, se avino á todo sin dificultad y quedaron acordados en la manera como se verificaria el desalojo.

A la servidumbre, compuesta de una camarera, un sirviente y una cocinera, se les daria asueto durante los dias necesarios para las reparaciones; misia Herminia iria á pasar esos dias á una casa quinta en que vivia una tia suya, situada en uno de los suburbios de la ciudad, aprovechando esa oportunidad para cumplir el compromiso que tenia con ella desde tiempo atrás de ir á pasar una temporada en su compañía, promesa que no habia cumplido aun, á pesar de la insistencia de la tia para que asi lo hiciera. En cuanto á D. Vituperio, iria al hotel ó á casa de algun amigo suyo é

---

iria á buscar á misia Herminia, una vez terminados los trabajos. No queria apartarse del centro de la ciudad porque dijo que algunos negocios que tenia entre manos no se lo permitian y queria además presenciar y activar los trabajos; pero, su verdadero objeto era presenciar la instalacion de los aparatos.

Se estrañará tal vez de que D. Vituperio, en este caso, consintiese en separarse de su mujer, aun por tan poco tiempo, y no abrigase recelo en que permaneciese relativamente lejos de él, y fuera de su alcance para poderla vijilar, segun su costumbre; pero no obraba á ciegas ni con ligereza, porque estaba muy seguro de que, en la casa de la tal tia, no correria el menor peligro su honor conyugal, dado caso de que, como se lo hacia temer su naturaleza celosa y desconfiada tan sin razon, misia Herminia hubiera sido capaz de atentar á ella.

La razon de esto estaba en la manera

de ser y en el modo de vida que hacia la tia á quien D. Vituperio iba á confiar su tesoro.

Era una solterona beatificada que respondia al casto nombre de Inmaculada y nunca nombre alguno tuvo mejor aplicacion que en el presente caso; pues, en vano se hubiera escrudiñado su vida privada, presente y pasada, para hallar un indicio siquiera que pudiera hacer creer lo contrario.

Y, para mayor abundamiento, en materia de relaciones masculinas, solo cultivaba y permitia la entrada en su casa á aquellos que gastaban sotana.

En mérito, pues, de la intransigencia de esa tia en cuanto á moral y religion y de las conventuales costumbres que observaba y hacia observar á los que la rodeaban, era la suya una casa en la que, no solo no habia que temer que pudiera producirse un hecho como el que tan preocupado tenia á D. Vituperio, sino que

---

por el contrario, era como para que pudiera desendemoniarse cualquiera persona que tuviera algun pecadillo en el alma ó la conciencia alborotada por esto ó por aquello.

Todo lo que se hacia allí, era en olor á santidad; y, en verdad que bastantes quehaceres tenia Misia Inmaculada con los adornos de la iglesia de su Parroquia, porque era la principal encargada de vestir á los santos, como la más meritoria; tarea que le exijía no menos tiempo que trabajo.

Pero ella cumplia ese cometido con incansable perseverancia y no abrigaba la menor duda de que esos santos cuyas efigies tantos desvelos le causaban, en recompensa á sus sacrificios y como premio á su devocion, le tuviesen reservada allá en el Paraiso, por lo menos, una tertulia de balcon.

De esta manera empleaba su tiempo: vistiendo á los santos y rezándoles, sin





sentir mayores deseos de otras cosas, á lo menos en apariencia.

¿No satisfacía con esto una de las principales exigencias ó inclinaciones de su sexo? . . . .

Desde que los descendientes de Adán y Eva juzgaron exígua la celebérrima hoja de parra y fuéronse cubriendo las carnes con atavíos de mil formas, una de las principales misiones de la mujer en las sociedades pasadas, presentes y probablemente futuras, porque no es de suponerse que la gente vuelva á andar desnuda, ha sido, es y será la de vestir.

Es un arte ó habilidad que nace con ella y que ejerce por instinto.

La mujer, cuando pequeña, instintivamente y sin que nadie le enseñe, viste á sus muñecas, y esto con el primer trapo que encuentra, si no tiene otras cosas mejores: despues, mal que bien, y para ayudar á la mamá, viste á sus hermanitos.



Mas tarde, cuando, ya adolescente, principia á manifestarse en ella el deseo de agradar y se despierta el sentimiento de la coqueteria, se viste á sí misma y no hay género que le baste; porque á un vestido cualquiera se le pueden agregar volados al infinito y quisiera echarse encima toda una tienda.

Mas adelante, ya esposa y madre de familia, viste á sus hijos (y algunas veces á su marido) no siendo caso raro el que se vean mujeres del gran mundo que pasan su vida entera ocupándose esclusivamente de sus vestidos.

Pero sí, llegada ya á cierta edad, no es esposa, ni madre, ni tiene hijos adoptivos, ni es mujer de mundo, como siente una necesidad imprescindible, un deseo natural y vehemente de vestir á alguien, busca su desahogo donde lo encuentra y viste á los santos.

Es por esto que vemos á muchas mujeres, estimuladas ademas por la pro-



mesa de celestiales recompensas, que se afanan y esmeran en la confeccion y ornamentacion de la capa de San Pedro, de la túnica de San Pablo, del manto de la Virgen Santisima ó de la faja de Nuestro Señor Jesucristo.

Este era el caso de Misia Inmaculada; y, en materia de vestimentos de esta clase, era el corifeo de su parroquia.

¿Quién habia de correr con la direccion de esas santas galas sino ella?

¿A quién acudir en primer término sino á ella cuando era necesaria la renovacion de una vetusta vestimenta ó la reforma de una prenda de ropaje divino, cuando el sacerdote, debido sin duda á la inhabilidad ó poco cuidado de una costurera poco devota, juzgaba la pollera de tal ó cual efígie demasiado corta, ó tal ó cual túnica muy ancha de espaldas lo que ocasionaba arrugas visibles por demas? . . .

Desgraciadamente, los santos no tie-

nen recursos bastantes para pagar sastre y, para evitar dispendios, hay que valerse de costureras de buena voluntad que no siempre se esmeran como debieran.

Como saben que los que visten no se han de quejar!

Pero en la Parroquia de Misia Inmaculada no sucedian tales cosas.

Todo estaba hecho como de medida y, si los santos no hacian milagros, era porque no les daba la gana, pero no por que pudieran argüir que la causa de su inaccion era que se les vestia mal.

En vista, pues, de lo que hemos divulgado respecto á la casa y costumbres de Misia Inmaculada, el lector, lo mismo que D. Vituperio, se habrá convencido de que Misia Herminia, en el santo hogar de su tia, estaria en lugar seguro.

Como habiase convenido, al dia siguiente se trasladó allí Misia Herminia, y, una vez evacuada su casa por todas aquellas personas de quienes podía te-

merse alguna indiscrecion, D. Vituperio dió aviso á los pintores y albañiles como asi al constructor para que dieran principio sin demora á sus trabajos.

Todo se hizo á la vez, para ahorrar tiempo: y, á la par que las reparaciones necesarias, se procedió á la instalacion de los aparatos ya preparados.

Se colocó un micrófono en cada aposento y D. Vituperio que presenciaba la instalacion en todos sus detalles hizo colocar uno tambien no solo en los dormitorios de los sirvientes sino hasta en la cocina pues no dudaba de que el poder oír las conversaciones de los sirvientes sin que lo sepan era uno de los mejores medios de averiguar lo que pasaba en la casa de los amos, pues, á menudo, aquellos tienen conocimiento de cosas que á estos atañe ignoradas por los principales interesados.

En poco tiempo, todo quedó arreglado y no hubo mas que llevar la línea á la

habitacion que D. Vituperio habia alquilado á este fin, no lejos de su casa, y colocar en ella el aparato receptor.

Una vez hecho esto, se hizo la prueba definitiva. El constructor, para mayor satisfaccion de su cliente y á fin de que juzgara por si mismo de los resultados que habian de obtenerse, le hizo quedar en la habitacion que en adelante le serviria de observatorio auditivo, mientras que él recorria todos los cuartos de la casa conyugal, haciendo ruido, hablando y moviendo objetos para que D. Vituperio le escuchase.

Vuelto este á reunirse con el constructor le dijo punto por punto todo cuanto habia dicho y hecho, mientras recorria los cuartos de su casa.

—En primer lugar—le dijo D. Vituperio, muy satisfecho por los buenos resultados del experimento—encontrándose vd. en la última pieza del fondo, lo que supuse por haberle oido tropezar

X

con un baño que hay allí, vd. ha golpeado las manos y me ha dicho:

¿Me oye vd. bien D. Vituperio? . . .

— Justamente; eso mismo hice y dije.

— Despues pasó vd. á la otra pieza y silbó y golpeó un mueble. En el cuarto contiguo, vd. tomó un libro y leyó un párrafo á media voz. En el otro cuarto creo que V. se dejó caer en un sofá, pues, sentí un ruido de resortes. En el comedor, vd. removió copas y vajillas y oí distintamente el ruido de un fósforo que debió encender.

— Eso es; recuerdo en efecto haber encendido un cigarro en el comedor.

— En fin, en la cocina, tocó vd. algunos utensilios, hizo caer leña y me dijo:

— Creo que hemos experimentado lo suficiente D. Vituperio, puede vd. dejar de escuchar y volver cuando guste—Y entonces me volví para acá.

. — Pues, ni que hubiera vd. estado

presente D. Vituperio!—dijo el constructor, satisfecho el tambien de su instalacion—pues ha detallado vd. todo cuanto hice y dije con la mayor precision y, por mi parte, creo haber cumplido con sus deseos.

—Mejor de lo que yo esperaba—contestó D. Vituperio—y le agradezco su esmero. Cuando oigo por el teléfono me parece que estoy en todos los cuartos de mi casa al mismo tiempo; pues, percibo ruidos de todos ellos. Es una especie de don de ubicuidad el que vd. me ha proporcionado. Aquí tiene vd. el importe convenido.

—Gracias: no corría tanta prisa y quedo á sus órdenes. Si, á pesar de todo el cuidado que he tenido para evitarlo ocurriera un desarreglo cualquiera, avíseme que luego pondré remedio y esta clase de aparatos se arregla fácilmente. Tal vez la única dificultad que habría para el caso, sería la de poderlos inspec-



cionar sin que lo sepan, pero espero que todo marchará bien, los hé colocado fuera de alcance evitando asi el mayor peligro.

—Corriente, hasta la vista.

Marchóse el constructor y D. Vituperio quedó en posesion esclusiva del arma terrible que la electricidad ponía en sus manos contra los secretos de los que habitaban bajo su techo. Ya estaba en condiciones de poder fiscalizar todos sus actos sin que lo sospechasen.

Una vez concluidos los demas trabajos de reparacion, y ya secas las pinturas, D. Vituperio fué á buscar á su esposa, hastiada ya de santos y de rezos, los sirvientes volvieron á sus quehaceres y todo en la casa volvió á tomar su tren habitual, como si no hubiesen existido allí, suspendidos como la espada de Demócles, los indiscretos micrófonos que todo lo habian de revelar.

¿Como podia sospechar Misia Hermi-

---

nia que sus menores palabras, pronunciadas maquinalmente en la soledad, esas reflexiones en voz alta que se hacen involuntariamente, tendrían eco en adelante en el oído atento de su marido? . . .

¿Como iba á imaginarse la mucama que cuando entablase uno de esos maliciosos diálogos que suelen tener lugar entre criados, cuando hablan de sus amos, D. Vituperio la estaría escuchando sin perder una sola de sus palabras? . . .

¿Cómo iba á suponerse la cocinera que sus soliloquios y reniegos, soliloquios y reniegos que son característicos en las maritornes, irían á impresionar instantáneamente el órgano auditivo de su patron, cuando, no solo no tenía conocimiento de la instalacion telefónica llevada á cabo, sino que hasta ignoraba que el génio del hombre hubiese ideado aparatos que hicieran esto posible? . . .

Tendrían, pues que permanecer bajo



el espionaje de D. Vituperio y á la merced de sus lenguas que, de un momento á otro, podría comprometerlas con una palabra indiscreta que revelase cualquier oculto manejo.







## IV .

### EL APARATO FUNCIONA

**D**URANTE el primer día en que D. Vituperio volvió á reunirse con su esposa, y tal vez para disimular mejor, no se apartó de ella un instante; pero, el segundo día, impaciente ya por iniciar su espionaje, lo primero que hizo al salir de su casa fué trasladarse á su observatorio y poner el aparato en condiciones de funcionar por medio del conmutador aplicando en seguida á su oído el teléfono receptor.

Tenia ánsia por comenzar á utilizar el indiscreto aparato y, á los pocos mo-

---

mentos de haberse puesto á escuchar, pudo cerciorarse una vez mas de que funcionaba á las mil maravillas, como se lo había prometido el constructor. Hasta le parecía oír cada vez mejor y era porque su oído se iba educando telefónicamente, adquiriendo mayor sensibilidad con la práctica.

Se daba cuenta con exactitud de todo cuanto pasaba en su casa y percibía distintamente todos los sonidos que se producian, ya provinieran de una conversacion, de acordes de piano, ó de un ruido cualquiera, aun de los poco intensos.

Oía á la cocinera lavar los platos, fregar las caserolas y echar leña al fuego; á la mucama que barria los cuartos, hacia las camas y sacudia los muebles cantando; á su esposa que iba y venia, dando órdenes, llamando á uno y otro é indicandoles algo que hacer.

Hasta el ruido que hacia el agua

cuando lavaban algo, ó se lavaba alguno, oía D. Vituperio; y todos esos pequeños detalles domésticos oídos así, desde lejos, le entretenían y hacían reír por momentos, felicitándose cada vez más por la brillante idea que había tenido y le proporcionaba esa comodidad.

Ni un solo día dejaba de trasladarse en lo sucesivo D. Vituperio á su escuchadero y estaba al cabo de todo lo que hacían y decían las personas que se encontraban en la casa, durante su ausencia.

Se enteraba de las conversaciones que tenían las visitas con su esposa y varias veces había tenido ocasión de sorprender algunos de esos íntimos secretos, que las mujeres suelen tener y de que hablan entre ellas cuando se encuentran solas: pero, sobre los que guardan reserva hasta para con sus maridos, lo que le iniciaba en ciertas cosas que él no sabía, haciéndole comprender nuevamente



- cuan útil podría serle la instalacion telefónica de que disponia.

—Estoy hecho un inquisidor—se se decia á veces sonriendo—y estoy seguro de que mi mujer no me cree capaz de tanto. Si supiera! . . . .

De noche, principalmente era cuando escuchaba con mas persistencia y solamente cuando estaba seguro de que su mujer se habia metido en cama sola, completamente sola, prévios esos pequeños preparativos indispensables que hace toda persona que se prepara á dormir se decidia á abandonar su escuchadero. Cuando percibia la respiracion regular de Misia Herminia que denotaba un sueño tranquilo, abandonaba el aparato y volvia á su casa á ocupar el lugar que le correspondia en el lecho nupcial.

Algunas veces, es verdad, no lo hacia sin recibir los reproches de su cara mitad, que le echaba en cara sus tardanzas inesplicables, cosa que no acostumbraba





hacer algunos días antes; pero D. Vituperio aguzaba su ingenio para disculparse y convencerla de que esas tardanzas eran debidas á frívolos pasatiempos de club con algunos amigos que le retenían á su pesar.

Cuando era necesario, apelaba á otra clase de argumentos para acallar á su esposa, dándole repetidas y vehementes pruebas de su cariño y, despues de esas pequeñas esplicaciones íntimas, ante esas inequívocas pruebas de amor y fidelidad conyugales, las pequeñas dudas de Misia Herminia se desvanecían en el silencio de la noche y, satisfechos el uno del otro, se dormían ambos esposos gozando del sueño de los justos.

Durante los momentos en que se encontraba en asecho D. Vituperio, solía sorprender coloquios como el siguiente entre la mucama Paulina, que era buena pieza y buena lengua, y el sirviente José que la cortejaba.

Ambos se hallaban en el salon de recibo arreglando y limpiando á la vez que charlaban.

—José—decia Paulina—ayúdame á retirar este sofá, es mucho peso pará una mujer sola.

Como no, mi reina, eso y todo lo que quiera.

—No creo en las promesas de los hombres; haga lo que le pido y no hablemos tanto.

—¿Porque es tan ingrata?... Mire Paulina, le hablo formalmente: Vd. es mas bonita que la patrona.

—Jesús! que exajeracion! De menos nos ha hecho Dios; pero, no tengo tantas pretenciones.

—Pues, téngalas, Paulina, por que Vd. merece... Vaya si Vd. merece... Si Vd. supiera toda la simpatia que me inspira y quisiera corresponderme?....

—No tengo tiempo; y, sobre todo, Vd. es muy insulso....

—Insulso Paulina? . . . Pues, écheme un poco de vinagre, si le parece écheme sal, pimienta, lo que quiera; de sus manos lo recibo todo gustoso . . . .

—Silencio: que viene la señora.

En efecto Misia Herminia se acercaba llamando.

—Paulina! . . .

Señora? . . .

—No han concluido todavía con la sala? . . .

—Si, señora: estamos dando la última mano.

—Cuando concluyan, venga que la necesito.

—Al momento voy.

—Qué animal es este José!—decíase D. Vituperio en su observatorio —Decir que esta tilinga de Paulina es mas bonita que mi mujer: á quien se le ocurre! . . . Y, vaya si es emprendedor el mozito: lo bueno ee que estoy yo aqui para evitar que las cosas vayan demasiado lejos.

---

No quiero amoríos de domésticos en mi casa, sucede cualquier cosa y no falta quien diga que son calaveradas del patron. No quiero cargar con culpas ajenas.

Otras veces, era la cocinera que le ofrecía materia de entretenimiento y un dia cierto soliloquio que le oyó, le dió motivo de disgusto haciéndole tomar una determinacion respecto de ella.

Era en circunstancias en que la cocinera se encontraba afanada en uno de esos momentos que mas actividad exigían de su parte para el desempeño de sus funciones culinarias, por estar próxima la hora en que debía dar la comida lista; pues, el hilo telefónico trasmitía claramente al oido de D. Vituperio el estallido de las chispas que saltaban del fogon, el chisporroteo particular de las papas que freían en la sarten, los repetidos golpes de la cuchilla que desmenuzaba perejil y otras legumbres y e

chirrido de las carnes que se asaban en la parrilla.

—Vea Vd. qué ganga la mia—decía malhumorada la maritornes, soplando fuerte como una persona que siente mucho calor—Sea Vd. cocinera: átese Vd. la barriga la mayor parte del día: pele Vd. papas y cebollas todo el año por un sueldo miserable, para no poder siquiera cargar algunos centavos de mas en un melon ó en un cesto de frutillas, sin estar espuesta á las observaciones desconfiadas de las patronas que todo lo regatean y encuentran caro . . . . Si no se le permiten á uno ciertos negocitos, no sé como podrá vivirse. . . Y para mayor desgracia, ese pícaro de Francisco (se refería al hombre con quien vivía en concubinato) es un haragan que me gasta la mayor parte de lo poco que gano en vez de darme algo. . . Es un perdido que pasa su tiempo en los bodegones y voy á tener que separarme de él porque esto no pue-



de durar así: cualquier otro será mejor que él . . . . A pesar de que tener hombres así, que no le ayuden á uno, es un lujo zonzo y será mejor no tener ninguno ;Que vayan al diablo! . . . . Siempre digo esto y siempre me dejo engatuzar y tengo tan mala estrella que siempre doy con haraganes y viciosos . . . entre amistades y patrones, uno se envejece sin aprovechamiento ni gusto. A penas hay tiempo para ir á mover el cuerpo de vez en cuando en algun baile, aunque al otro dia se llegue tarde al conchavo y se arrebatan los guisos . . . ;Donde está mi pañuelo de manos? . . . No he de haber traído; tengo tantos que cuando ensucio tres ya se me acaban . . . Siquiera esa perra de Paulina me diese un poco de la ropa blanca que se le pierde á la señora; pero qué! todo se lo guarda. Qué ladronas son esas mucamas! . . . Y lo peor es que estoy resfriada . . . Bah! tanto da! . .

Y, despues de estas palabras, D. Vituperio que estaba con el oido atento, percibió claramente el estruendo característico que produce una persona que se suena . . . sin pañuelo; estruendo que dominó al chisporroteo de las papas, al estallido de las chispas y al chirrido de las carnes.

D. Vituperio estaba indignado en su observatorio y abandonó la estancia encolerizado.

—Qué gentuza maldita son estas cocineras!—esclamó, haciendo al mismo tiempo un gesto de repugnancia—Dios sabe lo que nos hacen comer!

Al volver á su casa y no pudiendo decir la verdadera causa que le impulsaba, por no revelar la instalacion gracias á la cual habia podido hacerse cargo de la poca limpieza y pocos escrúpulos de la maritornes, dijo á su esposa, inventando un pretesto, que no le gustaban los platos que aquella cocinaba; que hacia

---

tiempo que estaba cansado de esa comida y que buscase otra porque no podía tolerarla mas; pues que, tal vez á causa de esto mismo, hacia algunos dias que se sentia un poco indispuerto del estómago. Para robustecer su dicho, y quizá por alguna otra razon que el lector puede sospechar, fué ese dia á comer al restaurant.

Misia Herminia, para no contrariar á su marido y aunque le pareciese un poco exagerada la mala opinion de éste respecto á la habilidad de la cocinera, no hizo mayor observacion y la despidio al dia siguiente dándole algun dinero de gratificacion para aminorar el resentimiento que podia causarle una despedida tan brusca.

En cuanto hubo tomado posesion de sus dominios la cocinera nueva que se habia tomado para reemplazar á la otra, D. Vituperio se puso á escucharla y como la oyese criticar, hablando con





Paulina, el poco aseó de su predecesora diciendo que nada estaba como debía estar y que se veía el poco cuidado que había tenido por el estado en que se hallaban las cacerolas y demás enseres culinarios, quedó un poco mas tranquilo sobre el aseó de las futuras comidas de la nueva maritornes.

Otra vez D. Vituperio tuvo ocasion de escuchar un coloquio entre Misia Herminia y una amiga suya, tambien casada, coloquio que si bien en primer lugar le proporcionó un momento de diversion, le causó luego cierto enfado.

Ambas mujerés habían hablado de todas esas cosas de que suelen hablar las hijas de Eva, del prójimo, de sí mismas, de las modas, del precio de los artículos de tienda y de estos pasaron á los comestibles, viniendo á parar en los gustos ó caprichos que tenían sus maridos por esto ó por aquello.

—Mi marido es aficionado al melon

como nadie — decia la señora que estaba de visita— Tanto le gusta que, á pesar de que tiene descomposturas cada vez que come, no deja de hacerlo por una razon ó por otra. Antes lo comia solo, de postre y tuvo que dejar. Yo creia que estaba curado; pero, como un amigo le dijo que comiéndolo entre dos platos era completamente inofensivo quiso hacer la prueba; pero le dió malísimo resultado. Despues vino con la noticia de que le habian asegurado que esto le sucedia porque no le echaba sal. Nuevo ensayo y nueva descompostura ;V. cree que escarmentó? . . . Ni por esas. Otro día oyó decir que el mejor modo de comer el melon era tomando un buen trago de vino despues de cada tajada. Volvió á casa, comió y vuelta á las andadas. Está visto que el melon no le sienta; pero no hay quien le haga entrar en razon.

—Y ¿para qué le compra?—dijo Misia Herminia.

—Qué! si él mismo va al mercado y os elije: cuando menos pienso, lo veo llegar con un mandadero detras cargalo con un melon tremendo. Hace dejar el melon y me dice con un modo insinuante y amable para que no le riña—Pasé casualmente por el mercado y vi este melon tan hermoso que no pude resistir á la tentacion de comprarlo . . . . Este no me ha de hacer mal porque está á punto . . . . Sientes qué olor tan rico despide?—Y lo toma y lo huele como si fuera una cosa nunca vista. Me veré en la necesidad de decir al médico que le prohiba el melon y lo asuste de algun modo; porque sino, será cosa de nunca acabar.

Misia Herminia se rió, y se rió tambien D. Vituperio en su observatorio: porque le causaba gracia esa flaqueza de otro marido, sin embargo de que, en su interior, se sentía inclinado á tomar la defensa de su colega por sentimiento de reciprocidad.

—Qué mujer tan tonta!—iba pensando guardando el teléfono al oído para no perder nada de lo que decían—¿Para qué se ocupa de divulgar lo que le gusta y no le gusta á su marido?.... Mire V. que pábulo de conversación tan interesante!..... Suerte es que á mi mujer no le da por ahí; y, en todo caso ya sabría yo recomendarle que no se ocupase de esto, sobre todo con otras mujeres que todo lo repiten y exajeran, ridiculizando á cualquiera por una insignificancia.

Pero, Don Vituperio había contado sin la huéspedea, y lo que oyó despues, le hizo cambiar completamente la opinion que tenia de su mujer, obligándole á clasificarla en la misma categoría que su visita.

—Es una buena idea—decia Misia Herminia siguiendo la conversacion—y puede ser que su marido se resigne á no comer mas melon si el médico le ame-



naza sériamente . . . . Pero, no crea Vd. que lo que me cuenta es novedad para mí y se me figura que todos son iguales ó parecidos; y, si á su marido le dá por el melon, al mio le dá por los tomates de los que come hasta indijestarse cada vez que tiene ocasion de hacerlo. Siempre me encarga que no deje de hacer comprar y cualquier cosa que tenga tomates le gusta. Vd. ya debe suponer que trato de hacer de modo que no coma en demasía, pero, á veces no puedo evitarlo. Me suele preguntar si me figuro que es una criatura para no saber lo que hace y que si de vez en cuando no dijere bien, es culpa de su estómago, que se encuentra mal dispuesto, y no de los tomates. Yo sé perfectamente á que atenerme respecto de esto, porque cuando no come tomates dijere muy bien, Pero ¿qué he de hacer? . . . . Un'día quise hacer una prueba y para ver si dandoselos en abundancia llegaban á fasti-

diarle, me propuse presentárselos de todas maneras. Mandé hacer, por pronta maniobra, una comida en que había tomates en todos los platos. Había sopa de tomates, guiso de tomates, tomates rellenos y asado con ensalada de tomates y, para coronar ese festin de tomates, el postre se compuso de dulce de tomates. ¿Vd. cree que se acobardó? . . . . Ni por pienso. Comió tanto ese día que se indigestó de veras y pasamos la noche en vela, él paseándose por el cuarto y yo haciendo tisanas y con el sirviente al habla para el caso de que hubiera sido necesario ir en busca del médico, y tuve que abandonar mi proyecto. Yo esperaba que, por lo menos, me dijera que, otra vez, no le presentase tantos tomates; pero, ni se le ocurrió pensar en ello siquiera y á buen seguro que hubiera sido capaz de hacer lo mismo al día siguiente.

—¿Qué barbaridad!—exclamó la visi-



a - Si parecen chicos, y á veces dan  
nas trabajos que ellos.

Al diablo las charlatanas! - vociferó  
Don Vituperio enfadado y golpeando  
con el pié el suelo de su observatorio.

Y no queriendo escuchar por mas  
tiempo esa conversacion que le ener-  
taba, dejó el teléfono y abandonó la  
estancia rezongando.

—Malditas mujeres!— iba refunfu-  
iando entre dientes— Y lo peor es que  
no puedo decir nada á la mia por que  
querria que enterarla de los medios de  
que me valgo para escuchar sus conver-  
saciones. Vaya un crimen de que le gus-  
ten á uno los tomates! . . . . Como si ellas  
no tuvieran sus defectos . . . . A pesar de  
todo, la verdad es que, cuando hay to-  
mates, como demasiado y me hacen  
laño . . . . tendré que moderarme.

Y, así, á poco andar D. Vituperio, vino  
á caer en la cuenta de que su muger  
tenia razon respecto á tomates

Otra vez, una tal Misia Perpétua era la que se hallaba con su muger en momentos en que D. Vituperio las estaba oyendo.

Era señora ya entrada en edad, y desvanecidas para ella las ilusiones del mundo, como para todos los que se aproximan al ocaso de la vida, sus preocupaciones se relacionaban generalmente con su bienestar y comodidad y con sus achaques, como así sus conversaciones.

—Qué frios estamos pasando, Misia Herminia!—decía—Pocos inviernos he visto tan crudos como éste. Le aseguro que padezco mucho con mis reumatismos, sobre todo con el que me ataca en el hombro derecho.

—No es para menos, Misia Perpétua. Por lo que á mi toca, me lo paso resfriada continuamente y no hay precauciones que valgan.

—Sin embargo, no hay que dejar de



cuidarse y la higiene sirve de mucho . . . .  
Yo no hago desarreglos de ninguna clase y si á veces me va tan mal la culpa es de mi marido. Es de muy mal dormir y siempre se mueve; figúrese que tiene la costumbre de acostarse boca arriba porque dice que no se encuentra bien sobre ningun costado y cuando menos pienso, dobla las rodillas y me tira las cobijas dejándome destapada. Como suelo estar dormida, no me apercibo de ello en el primer momento y solamente me despierto cuando se me han enfriado las espaldas. Ya comprenderá vd. lo bueno que es esto para mis reumatismos.

—Si no digo yo!—murmuraba D. Vituperio—á estas mujeres ó dejarlas hablar ó cortales la lengua!

—Y porqué no hacen cama aparte?—continuaba misia Herminia.

—Eso mismo habia pensado por que ya soy viejita y tengo que cuidarme, y á

fé que sino lo hago, el dia menos pensado, amaneceré helada.

—Vituperio no es así. . . . .

—Vaya! ahora me llegó el turno— pensaba éste impacientado—; Qué irá á decir de mí? . . . .

— . . . . No es así—continuaba diciendo Misia Herminia—y, una vez que se duerme, queda quieto como un angelito; pero hay noches en que le dá por soñar fuerte y me suelo recordar asustada. . . . Dice cosas extrañas y como si estuviera enfurecido.—Porqué miran tanto V. V.? . . . .; Por qué no siguen su camino sin ocuparse de los demás? . . . . —Cosas así suele gritar. . . . Otras veces sueña conmigo y me dirige la palabra. La otra noche me amenazó.—Ah! Herminia!—esclamó de pronto—el último dia de tu vida seria el en que yo supiera. . . . —y apretó los puños. Pero ya estoy acostumbrada y no hago mucho caso de esto.

Ya podrá imaginarse el lector lo atento que estaba D. Vituperio al serle revelado inesperadamente que hablaba en sueños, particularidad que el ignoraba en absoluto y redobló de atención para ver si lograba averiguar algo más de lo que involuntariamente pudiera haber dicho mientras dormía; pero, en vano fué, pues, las dos mujeres cambiaron en seguida de conversacion y tuvo que conformarse con lo que había oído sobre sus propios sueños.

— Con tal que el día menos pensado no le revele yo mismo, inconscientemente, el secreto de la instalacion telefónica — se decía muy preocupado. — Esto sí que sería original!

Y, tanto más ceñudo y preocupado lo tuvo ese ciudadano en adelante, cuanto que tomaba cuantas precauciones y observaba cuanto disimulo eran necesarios, para que su esposa no vislumbrase sus celos y mucho menos los medios un tanto



ruines que ponía al servicio de su espionaje.

El sabía bien que una de las cosas que mayor resentimiento causan y que mas ofenden la delicadeza, son las sospechas injustas, como lo habian sido hasta ahora las que tenía y mayormente siendo de tal naturaleza que afectan la honra de una mujer virtuosa.

Sabía tambien que esto podría dar lugar á que su mujer, una vez enterada, pensase en lo que tal vez nunca habia pensado antes, es decir, en engañarle; de modo que seria él mismo quien habia de sugerirle una idea que no hubiese tenido, y es sabido que el primer grado de todo delito premeditado es la idea, la concepcion de él, que precede á la resolucion de llevarlo á cabo y á su perpetracion.

Así es que, si bien sus aparatos le proporcionaban entretenimientos y le revelaban secretos, no dejaban de oca-



sionarle, al mismo tiempo, preocupaciones y frecuentes rabietas.

Cierto día, mediando siempre el fiel aparato, el atribulado marido fué preso de una violenta exasperacion, causada por la mucama Paulina, á quien tenia ya ojeriza.

Esta iba y venia por el salon que acababa de barrer y cuyos muebles estaba sacudiendo con un plumero cuando, de repente, se oyó el ruido de una mesita de adorno que caia al mismo tiempo que el de un objeto de porcelana que estaba colocado sobre ella y que se hacia pedazos sobre el piso; y, en seguida, una exclamacion desolada de Paulina.

¿Qué habrá roto esa bribona?— se preguntó D. Vituperio, conociendo que habia hecho alguna torpeza.

Luego lo supo por boca de la misma culpable.

— Ah! Dios mio! — decia Paulina

lamentándose — que es lo que hé hecho?... Hé roto el florero grande!...

—El florero grande! — repitió á su vez D. Vituperio indignado. — Un florero del Japon que hé pagado carísimo... En eso habias de venir á parar con tu modo de ser atropellado...

— Y ¿como me las compongo ahora para salvar mi responsabilidad? — continuaba diciendo la sirvienta muy distante de sospechar que su amo la estaba oyendo. — Tengo que encontrar un ardid porque el florero no tiene composura: está hecho añicos y tambien puede ocurrirseles hacérmelo pagar..... Fresca estoy yo para pagar floreros: ni con un año de salario me alcanzaria..... Y tanto que me recomendó la señora que tuviera cuidado... Qué atolondrada soy!... Pero que hago?... que digo?... Si este zopenco de José quisiera hacerse cargo del muerto diciendo que ha sido él; pero no, me haria pagar muy caro este servicio y no

estoy para esas misas con un pelagatos como él... Inventemos alguna disculpa... Por suerte la señora está en su cuarto vistiéndose y tengo tiempo de pensar... Siquiera hubiera chiquillos en esta casa, me las arreglaría de modo que se creyera que ellos han causado el daño y con unas cuantas palmadas que se les diera, quedaría todo arreglado... Pero, qué chicos ni qué berengenas! no hay ni para remedio y se me hace que pedirle hijos á D. Vituperio es pedir peras al olmo. Año y medio lleva ya de casamiento y la familia no aumenta: ni señas!... ¿Qué clase de hombre será este?... Que no encontrará la señora quién supla á un marido como ese?... Por mi parte, conozco á muchos caballeros que no se harían de rogar... Que buenas propinas me caerían si la señora fuera otra!...

— Infame! Canalla!... Con que gozo te ahorcaría si te tuviese aquí — rugía D. Vituperio, ciego de ira, pateando y

apretando el telefono convulsivamente, mientras hablaba la mucama. — Eso te faltaba, vibora!... Ya me las pagarás!...

Pero, afortunadamente para ella, Paulina estaba fuera de su alcance y proseguia su monólogo.

— Ah! ya sé lo que hé de decir! — continuaba diciendo en voz alta — si no hay chicos á quienes echarles la culpa, hay un gato que puede cargar cõn la responsabilidad, y diré que ha sido el gato... Si eso es, y que lo averiguen si pueden.

Y, entonces, realizando el plan que habia concebido, empezó á dar voces como si hubiera espantado al animal ausente y llamó al mismo tiempo á la señora con exclamaciones desoladas para que esta viniera á presenciar el destrozo hecho por el gato.

D. Vituperio que no podia escuchar por mas tiempo, temiendo ser acometido por un parasismo de furor, dejó violen-





tamente su escuchadero y se dirigió á su casa con el firme propósito de despedir á Paulina en el acto; si bien, por el camino fué haciéndose cargo de que no podría hacerlo de la manera que hubiera deseado, siempre por la misma razon de verse obligado á guardar secreto sobre el aparato que le habia revelado el proceder de aquella, haciéndole entrever tambien de lo que era capaz.

—¿Quién hubiera supuesto tanta pillería en una muchacha como esa? iba diciéndose D. Vituperio por la calle— Es cosa que indigna. . . . No solamente no se contenta con hurtar ropas y romper floreros, echándole la culpa al gato, amen de otras cosas que no se saben, sinó que se permite dudar de mis cualidades de marido, insinuando que mi esposa debería buscar un auxiliar es decir, ponerme cuernos! Y, lo que es mas, da á entender claramente que estaria dispuesta á segundar cualquier

infamia que se intentase contra mi honor conyugal. . . . Pues, espera! . . . Ya te daré yo propinas y complicidades con galanes! . . . Por lo pronto te pondré de patitas en la calle y si no median las condiciones especiales, en que me encuentro. . . Quién sabe! . . . . Qué maldita predisposicion al lenocinio tiene esta gente! . . .

Don Vituperio llegó á su casa y, revisando un aire severo que le daba el aspecto de un hombre que no está dispuesto á entrar en esplicaciones, despidió á Paulina bruscamente, dándole á entender por su actitud y sus palabras que si no aducia razones que esplicasen su proceder, no era porque le faltasen, sino mas bien porque quería tener la generosidad de callarlas, ó no quería rebajarse á ello.

Misia Herminia que no estaba en antecedentes y que, así como ignoraba otras cosas, creía buenamente que el

causante del destrozo habia sido el gato, no dejó de sorprenderse.

A pesar de que no tuviese en mucha estima á Paulina, tal vez por las desapariciones de ropas á que habia aludido la cocinera y de otras menudencias, extrañó la manera inusitada y repentina con que su marido habia despedido á su camarera, sin haber mediado acuerdo prévio alguno entre los esposos, como era costumbre en semejantes casos. Y, al ver que no daba la razon de su proceder; entró á suponer que D. Vituperio debía haberla sorprendido en algun trapicheo de mal agüero, ya con galanes de puerta afuera ya con el sirviente José, y que si no la hacia participe del asunto, era quiza por un sentimiento de pudor exagerado.

En esta nueva despedida, pues, Misa Herminia no hizo tampoco oposicion á su marido y la camarera se marchó, sin mucho averiguar tampoco, por su parte,

como todos los que no tienen la conciencia muy limpia y se despidió afectando un aire de víctima, despues de haber mandado sus trebejos y bultos de ropas particulares delante, sin duda por temor al registro.

Pero, D. Vituperio no la dejó marchar así, sin descargar en algo su animosidad, porque sentía un deseo inmoderado, una rábía de desahogarse con ella y, habiendo acechado el momento en que partía definitivamente, tomando ciertas precauciones para no llamar la atención de Misia Herminia, salió junto con ella, como por mera coincidencia, y, una vez en la calle, la siguió algunos pasos diciéndole en tono amenazador:

—Véte á romper floreros y decir que ha sido el gato á otra parte, sin vergüenza! . . . Te conozco bien y sé todo lo que hacias y lo que decias cuando creias estar sola . . . Si alguna vez te vuelvo á ver por mi casa, te romperé la



risma; aunque seas mujer! . . . . Esas son las propinas que te caerán, bribona! . . . . y puedes agradecerme de que no haga registrar tus trapos! . . . .

La camarera, naturalmente, nada se atrevió á responder. Temerosa y confundida, miró á P. Vituperio con espanto y siguió su camino á prisa con la cabeza agachada, dejando á su ex-patron un tanto aliviado de su enojo.

Poco despues, le tocó al sirviente José el ser despedido, mas ó menos como Paulina por haber entrado en connivencia con la nueva cocinera para sobrecargar las cuentas de almacenes y otras cosas de suministros con artículos que no se habían tomado; manejo practicable para ellos porque la una compraba y traía y el otro era quien solia ir á pagar las cuentas.

Aunque esa sociedad tenia que hacer sus operaciones en pequeña escala para no ser descubierta, las utilidades que



reportaba al fin del año no dejaban de representar cierta cantidad de dinero que gravaban directamente el bolsillo de D. Vituperio y justo era que pusiera coto á esa industria de mala ley.

Como había tomado la costumbre de ir cada día á su observatorio donde permanecía escuchando á unos y á otros, siempre tenía ocasion de sorprender en culpabilidad á alguno de sus domésticos; dado que estos, lo mismo que los amos, no son perfectos ni mucho menos, y se denunciaban ellos mismos por algun soliloquio en voz alta, ó por alguna conversacion que era pispada por el amo.

De esto resultaba que no permanecía mucho tiempo ningun sirviente en la casa y las despedidas se sucedieron una tras otra sin que al parecer hubiera motivo para ello.

Nadie paraba allí y las cosas llegaron á tal punto que luego esas despedidas continuas, fueron materia de conversa-

cion en el vecindario, suscitando además dificultades á los esposos para reemplazar á los que salían.

Los que habían sido despedidos, y entre ellos la camarera Paulina, sorprendidos de que D. Vituperio supiera cosas que no habían sido vistas ni oídas por nadie, hicieron correr la voz de que era adivino, ó cosa parecida y aconsejaban á los que tenían intenciones de entrar en la casa para reemplazarlos que no hicieran tal, porque era una casa que no se podía mover una paja ni decir una palabra sin que lo supiera el amo, sin duda por algún arte de brujería: que por lo tanto los sirvientes no tenían seguridad ninguna y estaban espuestos á ser descubiertos si cometían cualquiera desmán por mas insignificante que fuera; siendo así, que en otras partes, pasaban desapercibidos.

Esto se decía se repetía, se comentaba y se exajeraba en todo sentido por el

gremio de fámulos de ambos sexos y de ahí como hemos dicho, grandes dificultades para encontrar sucesores á los que partían; viéndose obligados D. Vituperio y Misia Herminia, para no verse sin servicio á admitir los menos escrupulosos y los peores es decir los que no querían admitir en ninguna parte.

La situacion iba poniéndose un poco tirante y Misia Herminia que á todo trataba de avenirse por espíritu de conciliacion, comenzó á inquietarse sériamente de los procedimientos de su marido para con los sirvientes, y había momentos en que le creía atacado de una verdadera monomanía.

Ella hubiera querido oponerse en ciertos casos á algunas de esas despedidas porque veía que los sirvientes que eran objeto de ellos cumplían sus obligaciones satisfactoriamente mucho mas cuando su reemplazo ofrecía dificultades; pero, su esposo hacía las cosas de una



manera tan resuelta, denotaba una decision tan inquebrantable en tales casos que se abstuvo de toda oposicion abierta para no originar disensiones domésticas y se limitaba á simples observaciones.

Su marido atendía esas observaciones, es verdad; pero no bastaban para hacer cambiar su determinacion, tomada no sabia ella en virtud de que razones, porque contestaba siempre de un modo evasivo á las preguntas que le hacia en este sentido.

Lo que, por otra parte, contribuia á hacerle creer que su marido no estaba en su estado normal era el haber observado en este, ademas del asunto sirvientes, ciertas idas y venidas, ciertas entradas y salidas que no estaban en sus costumbres y tomaban á menudo el carácter de inoportunas ó aparentemente inoficiosas.

A veces tambien notaba en él cierto aire picarezo y solapado (originado sin

duda por algun diálogo íntimo que había escuchado) y otras, por el contrario se presentaba ceñudo y malhumorado sin causa visible que pudiera dar la explicacion de esos cambios innsitados en su carácter.

Todo esto le daba que pensar. Con la perspicacia propia de las de su sexo, conocía que su marido le ocultaba algo que no quería revelarle y esto la tuvo cavilosa á su vez.

Los acontecimientos se encargaron de darle la clave del enigma.





## V

### REVELACION HORRIBLE

Como se ve, pues, las ventajas que proporcionaba el aparato á don Viterio no estaban exentas de algunos trastornos y, á la par que cierta utilidad, le acarrea también sinsabores que iban haciéndose extensivos á su inocente esposa.

Como ella notaba en él cierto disimulo inesplicable de cosas que ignoraba, como consecuencia natural, no podía tampoco desprenderse de cierto retraimiento involuntario, retraimiento que iba originando poco á poco una frialdad inusitada entre los cónyuges.

---

Pero, con todo, don Vituperio prefería esto al estado de desasosiego en que, hostigado por sus celos, permanecía anteriormente y, ahora, gozaba de una tranquilidad relativa.

Estaba seguro de la fidelidad de su mujer, cosa que él estimaba mas que todo, y esos pequeños disgustos que solía pasar eran poca cosa, comparados con la duda y la situación de espíritu en que permanecía antes constantemente.

En ninguna de las veces que había escuchado, había descubierto el menor indicio que pudiera hacerle sospechar de que su esposa le era infiel.

Nada había oído, durante las muchas horas que había permanecido en acecho, que revelase estar comprometido en lo mas mínimo su honor conyugal y gozaba de una dulce satisfacción al hacerse cargo de esto y poder abrigar la certidumbre de ser el único que disfrutaba

del amor de su cara mitad, que era fiel como la mas fiel.

Lejos, pues, de arrepentirse de lo que habia hecho, se felicitaba por el contrario de su ardid, que le ponía en condiciones de poder dar la voz de alto, á cualquier intruso galán que pretendiese usurpar sus maritales derechos.

Y así iban sucediéndose los dias á los dias, sin ocurrir mas incidentes que los que hemos relatado y otros análogos, ninguno de los cuales afectaba en manera alguna la irreprochable conducta de misia Herminia, por lo que D. Vituperio, paulatinamente, iba cada dia con menos frecuencia á su observatorio acústico; justo lo necesario para mantenerse en la tranquilidad en que estaba respecto á esa conducta y conservar sus celos adormecidos.

Pero, como tanto va el cántaro al agua hasta que se rompe, lo mismo que el cántaro debía ver D. Vituperio desva-

necerse como el relámpago en un momento aciago, y la tranquilidad de su espíritu, y la buena conducta de su esposa y todo el porvenir de felicidad conyugal que su imaginacion se habia complacido en augurarle.

No se juega impunemente con la electricidad.

Produce fenómenos que parecen obra del capricho de una deidad oculta, de un poder voluntarioso, y siempre reserva alguna sorpresa al que se sirve de ella de un modo permanente; pues, lo mismo hiere y mata con una descarga instantánea é inevitable, al electricista poco prudente que la maneja sin las debidas precauciones, que intriga con algun fenómeno inesplicable al que, como D. Vituperio, no se halla familiarizado con sus múltiples y estrañas manifestaciones.

Una noche, algo tarde ya, volvía D. Vituperio á su casa trayendo un paquetito en la mano.

---

En ese paquetito habia un estuche y el estuche contenía un brazelete con un hermoso brillante destinado á su esposa, para obsequiarla en el dia de su cumpleaños que era el siguiente.

Habia hecho un sacrificio, por decirlo asi, al comprar ese brazelete, por que lo habia pagado caro y el objeto de ese regalo excepcional, era tratar de combatir, en lo posible, ese retraimiento de que hemos hablado y que iba acentuándose entre los esposos; dando á entender á Misia Herminia que ella era el único objeto del cariño y atenciones de su marido.

El habia proyectado colocar el estuche abierto sobre el velador de Misia Herminia para que ésta, al despertarse al otro dia, se sorprendiera agradablemente con el obsequio que, á no dudarlo, habia de halagarla, tanto por su valor, como por el artistico primor de su trabajo.

Pero para esto, era necesario que se

encontrase ya durmiendo cuando él entrase para que no le viese colocar el estuche y, con el fin de averiguarlo, fué que entró en su observatorio esa noche, prometiéndose esperar allí hasta que la tranquila y uniforme respiracion de su esposa le revelase su sueño, si es que aun no dormia.

Aunque esa respiracion producia sonidos muy poco intensos, los aparatos sensibilizados exprofeso, al extremo, le trasmitian, sin embargo, aunque imperceptiblemente y solo en el silencio de la noche.

D. Vituperio calculaba sin equivocarse la procedencia de los sonidos que por medio de los micrófonos, venian á impresionar el teléfono receptor y su órgano auditivo.

Con el hábito y el ejercicio prolongados, habia adquirido una fineza de oído extraordinaria y se habia vuelto sumamente práctico para, por decirlo así, tra-



ducir y acertuar con exactitud la causa del sonido original, aunque algunas veces fuese muy débil.

Pero, lo que oyó esa noche, en nada se parecía á la respiracion de una persona que duerme.

Una vez que se encontró en su escuchadero y hubo aplicado el oído al teléfono, oyó, en primer lugar ruidos extraños que nunca habia oído y que no podia traducir á pesar de la práctica que habia adquirido; una cacofonia insólita que jamás habia escuchado y que le intrigó en gran manera.

Hasta tubo momentos en que le parecia distinguir el cuchicheo de varias personas que hablaban á media voz y que andaban de acá para allá moviendo sillas y otros muebles, y, en vano trataba de darse cuenta de lo que estaba escuchando suponiendo que el aparato se habia descompuesto, ó que eran ruidos anormales producidos por el viento

que hacía vibrar el alambre de línea; pues, ninguna de estas esplicaciones era satisfactoria. Aun creyó que habían penetrado ladrones en su casa.

Mas, á poco andar, los sonidos que percibió su oído fueron distintos é inequívocos y percibió tan claramente un coloquio, que indudablemente debía tener lugar en el cuarto de su esposa, que creyó desvanecerse á consecuencia de la emocion que esperimentó de súbito y por el sacudimiento nervioso que afectó su organismo entero.

Y, á fe que lo que escuchaba don Vituperio era como para emocionar aun al hombre mas frio y menos impresionable que se hubiera encontrado en idéntico caso!

El oía ¡Oh escándalo! trasmitido fielmente por el alambre que venía de su casa, un amoroso coloquio que tenia lugar entre un hombre y una mujer! . . . .

Ahora, dadas las circunstancias ¡Quién

podía ser esa mujer sino la suya? . . . . Y  
¿Quién podía ser ese hombre sino su  
amante? . . . .

Don Vituperio no dudó de ello un solo momento ¿cómo podía dudarlo? . . .

Las palabras de ese hombre y de esa mujer, denotaban claramente el criminal amor que se profesaban y á este respecto no podía caber tampoco la menor duda.

Su mujer, pues, le engañaba vil y traidoramente, y, al hacerse cargo de esto, era que don Vituperio había resentido tan violenta emoción.

Había llegado por fin el momento en que debía convercense de su infortunio sorprendiendo en flagrante delito á su esposa ¡y que amargo era ese momento!

¿Era posible que una mujer abrigase tanta villanía y fuera capaz de tanto disimulo para que las cosas pudieran haber llegado al extremo en que se encontraban sin que él hubiera sorprendido

un indicio siquiera que le abriese los ojos? . . .

¿De que no debía dudarse entonces?... A quien creer?... De quien fiarse en adelante, si una mujer como la suya, que él y todos los demás conceptuaban honrada y digna abrigaba un corazón venal, sentimientos ficticios y rompía todos los lazos como una comedianta en la escena!?. . . .

La decepción, en verdad, era cruel.

¡Qué angustia y que rabia feroz le producían, al impresionar su oído, las palabras que su mujer dirigía á otro hombre! . . .

Apretaba el teléfono contra su oído, hasta incrustárselo en las carnes para oírlas mejor y, sin embargo hubiera dado cuanto tenía y aun su vida, por no oírlas!

Las voces llegaban un poco confusas como de personas que hablan á prisa y que no tienen tiempo que perder, como todos los que cometen un crimen.

La de su esposa, sobre todo, le pareció un poco alterada; la cual atribuyó á la emocion que ella, por su parte, debía experimentar.

¿Qué muger no tiembla y se conmueve á pesar de ser infame, cuando engaña á su marido en su propia casa y mancilla el tálamo nupcial introduciendo en él á un extraño? . . . .

Y D. Vituperio seguia escuchando con loco afan ese coloquio que lo martirizaba.

El corazon le saltaba en el pecho como si hubiera querido salirse de su estrecha cárcel y palpar con mas latitud y con mas violencia, y sentia golpes en las sienes como si se las hubieran estado martillando.

Ah! sí; angustiosos y terribles eran los momentos que pasaba D. Vituperio al patentizar el naufragio de su honor y felicidad conyugales; y, aunque no fuera mas que para evitaros esos momentos,

señores maridos, no hagais colocar micrófonos en vuestros aposentos, por que es preferible ignorar las cosas que no tienen remedio! . . . .

. . . . . Y vosotras, por vuestra parte, señoras esposas, ahora que la ciencia ha llegado á colocar oídos en las paredes, sed fieles; porque de lo contrario os espondreis á que un aparato indiscreto revele á quien menos debiera, vuestros clandestinos amores! . . .

.....

Hé aqui la conversacion que tan alterado escuchaba D. Vituperio.

*El*— Por fin me hallo á `solas contigo, angel mio! . . . Solo Dios sabe lo que hé sufrido y lo que hé anhelado este momento supremo! . . . Mas, harto recompensado me considero al poderte mirar, al poderte hablar como lo deseo! . . . . Qué feliz soy! . . . .

*Ella, en tono de reproche*— Dios mio! . . . Qué imprudencia ha cometido Vd.



caballero al introducirse aquí de esa manera! . . . Abusa, en verdad, de los sentimientos que ha sabido inspirarme. Vea Vd. á lo que nos espone si alguien nos sorprendiera . . . Ah! nó . . . Esto no está bien! . . .

*El, con calor*—Lo confieso; pero ¿qué quieres, alma de mi alma! vida de mi vida! . . . El amor irresistible, insensato que te profeso, ha sido mas poderoso que mi raciocinio y que mi voluntad . . . me ha arrastrado; ha triunfado en la lucha contra la prudencia y ha aniquilado todo criterio! . . . ¿Puedes echármelo en cara? . . . ¿Serás tan cruel que me reproches mi desvarío siendo tú la causa de él? . . . Aquí me tienes á tus pies, amada mia! . . . Soy y seré tu esclavo toda mi vida y en adelante tú serás mi única ventura, mi ángel, mi Dios! . . . Ah! cuán dulces son tus cadenas . . .

—(¡ Ya te daré yo ventura y dulces cadenas!—rugia D. Vituperio en su es-

cuchadero, destrozándose el oído á fuerza de apretar el teléfono—Aguarda un poco villano! . . . . Ladron! . . . .)

(*Ella, mas tierna—Ah! Teodoro! . . .*  
¿Porqué te habré conocido? . . . . ¿Cuán débil es una pobre muger! . . . . ¿Dios mio! ¿porqué me has dado una alma tan sensible y un corazon tan tierno? . . . . Pero, ahora que lo pienso; si viene mi marido y nos sorprende ¿qué será de mi? . . . . Qué será de nosotros! . . . . Virgen santa! qué sucederá! . . . .

—(¿Qué Teodoro del infierno será este?—se preguntaba D. Vituperio.—Ninguno de mis amigos se llama así. . . . En cuanto al marido, pierde cuidado que ya irá y verás lo que te ha de suceder! . . . .)

*El—Nada temas, amada mia . . . . Si viene tu marido, huiré: me esconderé debajo de la cama, en un armario, donde quepa, con tal de no comprometerte . . . . Pero, el cielo ha de proteger*





nuestros amores así como nos los ha inspirado! . . . Deja que te manifieste toda la ternura de que rebosa mi corazón! . . . Deja que te prodigue mis amantes caricias, oh! mujer adorada! . . . . .

Entonces, en este punto del coloquio, el teléfono trasmitió claramente al dichado marido el ruido de un beso aplicado con frenética pasión, beso que fué seguido de otros muchos y que resonaban en sus oídos como los ecos lejanos de la trompeta del juicio final! . . .

Con esto, la medida se había colmado.

Llegada ya su exasperación al último grado, no pudo escuchar ni contenerse por más tiempo.

Como si hubiera sido uno de los primeros actos de la terrible venganza que prometía llevar á cabo, arrojó con rabia contra la pared el teléfono revelador, tiró al suelo con irónico despecho el estuche que contenía el brazaletes destina-



do á su infame esposa y empuñando en su lugar un revolver que traia, abandonó su observatorio y se echó á la calle como un loco.

Se ha comparado muchas veces el furor de los celos con la enagenacion mental y cualquiera que hubiese podido observar á Don Vituperio en ese instante hubiera comprendido lo acertado de esa comparacion.

Una vez fuera, echó á correr desaforadamente en direccion á su casa con el fin de sorprender á los amantes en flagrante delito y satisfacer los irresistibles deseos de venganza que le ahogaban.

No en vano, pues, la palabra: adulterio, había alterado su mente con inusitada obsesion y, ahora, se esplicaba como una prediccion intuitiva, las permanentes inquietudes que le habían asediado, aparentemente sin razon.

A esas horas y en esos momentos las calles estaban poco menos que desiertas



y don Vituperio recorrió la corta distancia que tenía que salvar para llegar á su casa sin encontrar á nadie.

Solamente á unos cuantos pasos antes de llegar á ella, se encontró con un gendarme de policía que estaba allí de planton, lo mismo que hubiera podido estar en cualquier otro punto del radio sometido á su vigilancia nocturna y por mera casualidad, y que, al verlo correr de ese modo con un arma en la mano, intentó detenerlo.

Caballero!—le gritó el vigilante, viendo que se trataba de un hombre decente—Tenga la bondad de pararse!...

—No me detenga!—respondió Don Vituperio sin obedecer y que ya se encontraba casi frente á su puerta.—En mi casa se comete en este mismo instante un crimen sin nombre; pero yo mataré á sus viles autores!... Estoy en mi derecho y son asuntos privados!....



Y, al decir esto, sin darse cuenta, quizá, de lo que decía, abrió la puerta con la llave que había sacado de antemano de su bolsillo y, una vez en el zaguán, la volvió á cerrar, dando con ella en las narices del vigilante que había corrido tras él para tratar de alcanzarle y detenerle.

El vigilante trató de abrir la puerta empujándola, pero, como no lo consiguiese por haberse cerrado con el pica-orte que solo podía hacerse jugar de la parte interior ó con la llave, y conociendo que no había tiempo que perder si se querían aprehender á los autores del crimen que se estaba cometiendo, y aun para evitar los que, en el carácter de venganza, iba á cometer el individuo que acababa de entrar á pesar suyo y como este mismo había dicho, empezó á llamar en su auxilio á otros vigilantes todo lo fuerte que pudo.

En cuanto á Don Vituperio, una vez



que hubo interpuesto entre él y el vigilante importuno la puerta cerrada, libre ya de estorbos, penetró en las habitaciones de su casa sin demora, pero con ciertas precauciones, para no hacer ruido y sorprender á los que le deshonraban.

Todo estaba tranquilo en su casa y no se oía rumor alguno, lo que parecía indicar que los que la habitaban se encontraban durmiendo.

Cruzó por varios aposentos, llegó al dormitorio conyugal y, martillando su revolver, abrió violentamente la puerta y penetró en él, presa de una sed de esterminio y resuelto á anonadar á los dos culpables.

¡Qué momento! qué situación tan atroz debe ser la de dos amantes cuando un marido sin piedad, ejercitando cruel venganza ó hiriendo á dos cuerpos con los mismos golpes, les hace pasar sin transición de las supremas dichas del amor á la dolorosa agonía de una muerte horrible! . . .





## VI

### ¿DONDE ESTÁ EL GALAN?

Una vez en el dormitorio, el cuadro que vió al primer golpe de vista era tan diferente al que esperaba encontrar que se restregó los ojos creyendo que sus sentidos le engañaban.

En el dormitorio no había nada mas ni menos que lo que había todas las noches y todo estaba tal cual lo solía encontrar cada vez que volvía algo tarde á su casa.

Una lámpara á medio prender sobre el velador, los muebles, entre los cuales resaltaba por su magnitud la cama ma-

trimonial y en la cama Misia Herminia, disfrutando tranquilamente del primer sueño.

En vano Don Vituperio había escrudinado el cuarto al entrar bruscamente, con una mirada feroz, creyendo apercibir á su odiado rival, pues á nadie mas que su esposa había visto.

Sin embargo, él estaba seguro de lo que había oído y creyó en un nuevo engaño, en una nueva farza de que querían hacerle víctima los criminales amantes, avisados sin duda de su llegada por algún espía, y esa idea le exasperó mas, si posible era.

Se figuró que ese Teodoro maldito á quien venía á matar, se había escondido debajo de la cama ó dentro de algún mueble, como se lo había oído decir á él mismo por el teléfono, y que su mujer aparentaba dormir para engañarle mejor.

La entrada de Don Vituperio al dor-





mitorio, el exámen infructuoso que hizo de este y las suposiciones que hizo, habían tenido lugar casi simultáneamente, justo el tiempo que había empleado Misia Herminia en despertarse sobresaltada con el ruido producido por aquel al abrir la puerta con violencia y entrar repentinamente.

Esa noche Misia Herminia, acostumbrada á las tardanzas de su marido, había aguardado la hora en que solía recojerse y se había metido en cama suponiendo que llegaría pronto.

Después, había tomado un libro, leído de él unas cuantas páginas y, vencida por el sueño, se había dormido tranquilamente, muy lejos de imaginarse las tribulaciones porque estaba pasando don Vituperio que creía estarla oyendo con un amante.

Ya puede imaginarse el lector la sorpresa y el temor que le causaron la súbita y violenta aparición de su marido

en el cuarto y el aspecto que ofrecía, con ojos furibundos, jadeante, con los músculos de la fisonomía contraídos y el revolver martillado en la mano.

En el primer momento creía estar soñando y se restregó los ojos á su vez para ahuyentar la ilusion.

Pero, luego, ya no pudo dudar de lo que veía y se incorporó asustada en la cama, y se figuró mil cosas terribles y á cual mas distantes de la verdad, que mal podía suponer.

—Dios mio! Vituperio— dijo á su marido, esforzándose por hablar, pues, con la emocion repentina que había resentido, á penas podía articular las palabras—¿Qué es lo que sucede?... Qué te pasa!? ... ¿Han entrado ladrones en la casa?... ¿Alguien te persigue para matarte?... Huyamos si es posible, Vituperio! no te quedes ahí!...

¿¿Donde está tu amante miserable!? ... — vociferó este blandiendo su



arma—No pretendas engañarme por mas tiempo, mujer infame, porque lo sé todo! . . . ¿Donde se esconde ese Teodoro del Infierno!? . . . Dímelo pronto porque de lo contrario morirás tu antes que él! . . . Ahora pagarán su crimen viles traidores! . . .

Misia Herminia estaba cada vez mas confundida.

Se había bajado de la cama en su traje de dormir y permanecía parada mirando á su marido con espanto é impotente para todo. Un temblar convulsivo le hacia flaquear las piernas y tuvo que apoyarse en la cabecera del lecho para no caer.

No tuvo fuerza para contestar una sola palabra á su marido.

—Pues bien—continuaba gritando éste con rabia—si aun á eso te niegas: le buscaré yo! . . . nada perdera con ello, yo te lo prometo! . . . Hazos bien en temblar. . . añade la cobardia al cri-



men y estarás en tu papel . . . . ¡Cuan claro leo ahora en tu fisonomía descompuesta el seguro indicio de tu villanía, mujer indigna! . . . . y cuan ciego he sido hasta hoy! . . . . Pero hoy concluirá todo y los aniquilaré como han aniquilado mi honor y mi felicidad! . . . .

Y mientras esto decía D. Vituperio registraba con furia los huecos y muebles del cuarto.

Abria roperos, descolgaba ropas que tiraba por el suelo, corría cortinas y, por fin, fué en derechura hácia la cama.

Misia Herminia, al ver esto, creyó en efecto, que su última hora había llegado, pero no pudo dar un solo paso para ver de librarse del inesplicable furor de su esposo.

Estaba como enclavada en el suelo ó incapaz del menor movimiento que la alejase de allí.

—Dios mío! . . . . Dios mío!—murmuró con apagada voz, habiendo cru-

zado por su mente la sola idea que, en las circunstancias en que ella se encontraba, podía explicarlo todo — Mi marido se ha vuelto loco! . . . .

Pero D. Vituperio no la tocó.

Empeñado, sin duda, en iniciar su venganza en la persona del invisible Teodoro, levantó el cortinado de la cama que hubiera podido esconderlo y, como no lo encontrase tampoco en ninguno de sus repliegues, se agachó y miró debajo, pronto ya á descargar su arma: pues era el único sitio del dormitorio en que podia haber un hombre, que no hubiese sido registrado.

Era, pues, forzoso, á su juicio, que Teodoro se encontrase allí, agazapado, temblando quizá, como temblaba su cómplice y el momento supremo en que su venganza ya iba á quedar satisfecha habia llegado.

¡Con qué terrible placer se prometia

herir ese cuerpo odiado, con su arma mortífera!

D. Vituperio, pues, se agachó en esa situación de ánimo, para mirar debajo de la cama.

En primer lugar, apercibió de pronto á dos piés, ó á dos formas de piés, y apretó los dientes. . . .

Pero . . . . no vió mas; porque esas dos formas de piés, eran sus propias zapatillas que su esposa tenía la precaucion de hacer colocar ahí todas las noches, para que su marido las tuviese á mano al levantarse por las mañanas.

Pero no: completemos los detalles. No fueron esas solamente las zapatillas que vió D. Vituperio debajo de la cama; por que al lado opuesto y haciéndoles vis-avis, se hallaban tambien las babuchas de Misia Herminia, elegantes y pequeñas; y, esos dos pares de zapatillas sin dueño hicieron un efecto increíble en el ánimo del celoso marido.

A pesar de que no veía á nadie debajo de la cama, quedó inclinado mucho mas tiempo que el que era necesario para convencerse de ello, y sin embargo de lo grave de las circunstancias, le pareció sentir como un soplo de ridículo que salía de esas zapatillas y le azotaba el rostro.

Por fin se incorporó, pero no ya con la violencia propia de su cólera con que antes efectuaba sus movimientos, sino con una pausa relativa y con el enfriamiento de todo aquel que acaba de llevarse un chasco.

Volvió á dar una ojeada circular por el dormitorio, miró la puerta por donde acababa de entrar, que con una ventana enrejada que daba al patio, eran las solas aberturas que tenía la pieza, y recién entonces se le ocurrió fijarse en su mujer con alguna detención.

Lo hizo, en efecto, y el aspecto de ésta que no se parecía en manera algu-

na al de una mujer que teme al castigo de un delito como el que se le imputaba y cuyas miradas no denotaban ningun doblez criminal, sino investigador espanto y súplica, le indujo, á pesar de su agitada exasperacion, á reflexionar sobre lo que estaba pasando.

Se pasó la mano por la frente como para aclarar sus ideas y se dispuso á interrogar á Misia Herminia con mas calma, no departiéndose, sin embargo de su actitud amenazadora.

El incidente de las zapatillas encontradas en vez del dichoso Teodoro, habia bastado, cosa increíble, á moderar su rabiosa precipitacion.

Tal vez á ellas debió la vida Misia Herminia! Tal vez por ellas se libró de una muerte tan cruel como inmerecida! . . . .

Pero en este mismo instante la situacion se complicó para ambos esposos de un modo inesperado.





De súbito habían resonado en la puerta de calle repetidos golpes, asediados con tal fuerza que era evidente que los que daban querían hacerla ceder ó echar abajo y podía augurarse con certeza que poco tiempo mas podría resistir.

En efecto, despues de un golpe mas rócío que los demas, se sintió un crujido de maderas que se hacían astillas y de hierro que cedían, seguido del estruendo que produce toda puerta cuyo batientes chocan contra las paredes laterales al ser abiertos violentamente.

En seguida, voces, choque de armas, y ruido de pasos de varios hombres que entraban precipitadamente en la casa y se internaban en las habitaciones.

El lector, recordando el incidente ocurrido entre el vigilante y D. Vituperio, incidente que este por su parte habia olvidado completamente, podra imaginarse lo que significaba esa irrupcion

impensada de gente armada, es decir, que esta se componía de agentes de la autoridad policial; pero, ni Don Vituperio, ni mucho menos su esposa, podían hacerlo.

Ambos se miraron como pidiéndose explicaciones mutuas, porque también le había llegado el turno á Don Vituperio de preguntarse lo que ocurría y principiaba á trastornarse de veras; pero ninguna explicación podían darse....

Tan imposibilitada estaba la una como el otro para explicar la causa de este nuevo incidente y Misia Herminia, vuelta á asediar por el temor que ya había tenido de que eran asesinos que perseguían á su marido para matarle á cuya causa atribuyó también la del desvarío de este, hizo un esfuerzo desesperado y empezó á dar voces pidiendo socorro.

A esas voces se unieron en el acto las de los sirvientes que dormían en habitaciones cercanas y quienes, desperta-



dos en sobresalto, secundaron á su ama con sus gritos en demanda de socorro, aunque sin atreverse á salir; con lo que que aumentó el barullo y confusion y se alborotó la vecindad: dando lugar, así mismo, á que se diesen mayor prisa por llegar al sitio de donde partían las voces los que habían penetrado en la casa.

Pero, retrocedamos un poco y veamos lo que había pasado en la calle, despues de haber entrado Don Vituperio en su casa sin que hubiese podido detenerlo el vigilante con quien se había encontrado y había intentado hacerlo.

Al oír la llamada de auxilio de uno de sus colegas, habían acudido al punto varios agentes y, entre ellos, un comisario de policía.

—¿Qué ocurre? . . . había preguntado este último al vigilante que había llamado y que aun trataba de abrir la puerta.

Este dió cuenta exacta al comisario de lo que había ocurrido y de la partici-

pacion que había tomado en el incidente que había motivado su llamada.

Le esplicó como, hallándose de faccion á pocos pasos de la casa en cuya puerta estaba, había visto venir, corriendo á prisa, á un hombre, al parecer decente, armado de un revolver: la intimacion que le había hecho para que se detuviese la que no fué obedecida, y lo que le había contestado ese hombre diciéndole: “que en la casa se cometía un crimen sin nombre, pero que se vengaría matando á sus autores, porque estaba en su derecho y eran asuntos privados” que entonces, había corrido tras él para apresarle, lo que no pudo conseguir, porque, antes de haberle dado alcance, el dicho hombre había abierto la puerta con rapidez, había entrado y había vuelto á cerrarla.

—Pues, no hay tiempo que perder si queremos evitar alguna desgracia ó aprehender á los delincuentes—dijo el

comisario, una vez enterado, no dudando de que algo grave sucedía en la casa y, puesto que no nos abren ni se puede abrir, echemos la puerta abajo. . . . A ver de qué medios nos valemos para conseguirlo? . . .

—A pocos pasos de aquí—dijo un agente—hay una casa en construcción y podemos ir á buscar alguna viga, algún madero para forzarla.

—Eso es; vayan corriendo y traigan un madero aparente.

Partieron en efecto varios agentes con este fin y á los pocos instantes volvieron cargados con un grueso madero.

Dirigidos por el comisario, se sirvieron de ese madero á guisa de ariete y, despues de algunos golpes, la cerradura saltó llevando consigo astillas de la madera adyacente, quedando el paso libre.

—Aprestad vuestras armas—dijo el comisario á sus subalternos, viendo que ya podía entrar. —No sabemos con qué clase

---

de gente tendremos que habérmolas . . . Deben ser varios y es preciso atemorizarlos y hacerles ver que toda resistencia sería inútil; así no intentarán oponerla.

Como medida precaucional el comisario dejó dos vigilantes en la puerta, con la consigna de no dejar entrar ni salir á nadie y de prender á todo aquel que pretendiese infringirla; y luego se internó con su gente en las habitaciones, cuyas puertas había dejado abiertas D. Vituperio.

De esta manera, pues, había tenido lugar la irrupcion de gente armada que, agregada á los demás incidentes, tan intrigados tenía á los esposos.

Una vez dentro de la casa, el comisario, guiado por las voces de Misia Herminia, se dirigió en derechura al dormitorio en el que, segun todas las probabilidades, debía tener lugar algun sangriento drama y penetró en él acompañado de sus subalternos.

No dejó de sorprenderse, en verdad, al ver el cuadro, muy diferente del que creía encontrar, que se ofreció á su vista: pues donde creía encontrar cadáveres y asesinos, sólo veía á una mujer jóven y bella en traje de noche y que temblaba de miedo, y á un hombre cuyo aspecto más se parecía al de una persona fuera de juicio que al de un criminal.

Todos se miraron un instante.

En este punto la situación era verdaderamente original.

Ninguna de las personas que se encontraban allí, en una situación de ánimo tan escepcional, sabía lo que ocurría ni la causa que los había reunido de esa manera, y cada cual actuaba en esa escena buscando la clave de un enigma.

Con todo, Misia Herminia se repuso un tanto.

Su marido, aunque no pudiese explicarse su conducta ni lo que le había pasado, estaba á su lado, y cuando reco-

noció en los recién llegados á los representantes de la autoridad policial, recobró un poco de ánimo, pues vió que contaban ya con defensores si, como se lo había imaginado, aquel era perseguido por malhechores.

El oficial fué el primero que habló dirigiéndose á ella, cuyas voces de socorro eran las que le habían orientado; pero sin perder de vista á D. Vituperio, que guardaba aún su revólver en la mano y podía ser peligroso.

—Aquí estamos, señora... ya nada tema y dígame lo que pasa... ¿Se ha cometido algún crimen?... Hay malhechores en la casa?... ¿Dónde se encuentran?... —preguntóle el Comisario.—Y este caballero ¿qué hace ahí con un revólver en la mano?... ¿Quién es?...

Misia Herminia iba á contestar al Comisario: pero, como en el mismo instante, ya más serena, se apercibió de que



el traje que tenia era poco aparente para estarse en presencia de estraños, antes de hacerlo, por un arranque de pudor, fué á arrebujaarse en el cortinado de la cama lo mejor que pudo, dejando fuera solamente la cabeza.

— Ese señor es el mismo que entró en la casa hace poco á pesar de la intimacion que le hice para que se detuviera—dijo entónces el vigilante que habia estado de faccion.— Le reconozco bien.

— Pues préndanlo—ordenó el Comisario sin esperar la respuesta de Misia Herminia.

— Oh! Dios mio! . . . Y por qué? . . . —esclamó ésta— Por qué arrestan á mi marido? . . . Ha cometido algun delito? . . .

— Eso lo averiguaremos, señora; pero, aunque sea su marido, no trate de impedir su prision. . . . aunque me sea penoso tengo que cumplir con mi deber... Su marido parece estar complicado

---

en crímenes que él mismo ha denunciado y me veo obligado á proceder en consecuencia.

—Luego eran VV. los que lo perseguían? . . . — preguntó Misia Herminia ansiosa como quien espera una revelacion horrible.— Conocí yo tambien cuando entró que algo extraordinario le pasaba y que alguien le perseguía. . . . Pero no, digo mal—continuó cada vez mas embrollada; — era él quien perseguía á un hombre que decia ser mi cómplice, y se obstinaba en hallarlo en este dormitorio, pues lo buscó hasta debajo de la cama. . . . Tambien recuerdo que profirió amenazas de muerte contra ese hombre y contra mí.

—Y ¿dónde está ese hombre? . . . . preguntó el Comisario—Esto concuerda con las palabras dichas por su marido y una vez que tengamos á ese individuo podremos aclarar las cosas mas fácilmente.



—Lo ignoro repuso Misia Herminia—porque cuando entró mi marido yo estaba acostada y durmiendo y, desde que desperté sobresaltada, no he visto á nadie mas que á él y á VV... Pero ¿por qué no hablas, Vituperio?— continuó dirigiéndose á su marido y creyendo sugerirle respuestas oportunas —¿Por qué no esplicas lo que ha pasado y te dejas acusar de crímenes cometidos tal vez por ese hombre á quien buscabas...? Prueba tu inocencia; pues sé que eres incapaz de una mala accion...

—Sí eso es—dijo el Comisario dirigiéndose tambien á Don Vituperio;— aclare las cosas cuanto antes, y sobre todo díganos dónde puede encontrarse ese hombre que parece ser el delincuente principal y qué clase de complicidad creyó V. que tenia con él esta señora, lo que motivó que los amenazase de muerte á ambos, segun acabo de oir....



Esto diciendo y sin darlo á entender por sus palabras, el Comisario habia principiado tambien á entrar en desconfianza respecto de Misia Herminia por las esplicaciones poco claras de ésta y, por lo tanto, sospechosas.

Empezaba á creer que habia connivencia entre ella y su marido para esconderle algo, sin duda el crimen que debia ser el origen de todo; porque las contestaciones que le daba le hacian el efecto de evasivas y artimañas empleadas para desorientar la investigacion de la autoridad; tal vez para ganar tiempo con la esperanza de huir en un momento oportuno y librarse así de la accion de la justicia; y, en esa creencia, se prometió obrar con energia y sin mayores consideraciones.

En cuanto á la actitud, al presente pasiva, de D. Vituperio, que hasta ese momento habia permanecido sin desplegar los lábios desde que habia oído

echar la puerta abajo, vamos á explicarla.

He aquí las reflexiones que se habia hecho tratando de despejar sus ideas y aclarar la situacion.

Ya dijimos que, despues de haber escudriñado infructuosamente el dormitorio en que no se encontraba el tal Teodoro ni cosa que se le pareciese, se habia apaciguado un tanto y que, un nuevo exámen de la actitud de su mujer, le habían convencido, ó poco ménos, de que era inocente de lo que le imputaba; pues no podía creer que fuese posible fingir y disimular hasta tal punto, y trató de encontrar la solucion del enigma que le habia hecho oír por el teléfono la escena de galanteria que tanto le habia exasperado.

En esta investigacion mental estaba, pues, cuando resonaron los golpes y se abrió la puerta violentamente para dar paso á un tropel de gente armada.

Entonces se preguntó á su vez, si estaba soñando ó despierto; si era una pesadilla ó era la realidad la que le hacía pasar por esas alternativas y producía esa sucesion de hechos inesplicables, y vió entrar al Comisario y á sus agentes sin saber con certeza si debía considerarlos como tales ó como personajes fantásticos de un sueño y puramente imaginarios.

Pero al reconocer, poco despues, entre esos agentes al que había intentado detenerlo en la calle cuyo incidente se había borrado de su memoria momentáneamente ofuscado por su encolerizamiento, se dió cuenta de la ilacion de los hechos, comprendiendo claramente que sus palabras y su desordenada carrera habían sido la causa de la intervencion policial.

Entonces, mas en posesion de sí mismo, se dijo lo siguiente:

— Lo del teléfono y del galan, lo

averiguaré despues. . . . Lo que importa ahora es dar á entender á esta gente que aqui no ha tenido lugar crimen ninguno, á fin de que se marchen y nos dejen en paz; pues tanto yo como Herminia, bien lo necesitamos.

Con esa idea, pues, fué que contestó al Comisario: creyendo sin duda que bastarian unas cuantas palabras para convencerle de que su intervencion era inoficiosa.

—Aqui no se han cometido crímenes, ni hay criminales de ninguna especie, señor Comisario—le dijo—somos gente pacífica y honorable y, por lo que pueda referirse al hombre que yo buscaba, es una cosa que me atañe á mí solo y de carácter completamente privado, en que nada tiene que hacer la autoridad, mucho mas cuando el dicho hombre no se encuentra aqui.

Esta contestacion, dada la disposicion de ánimo en que se encontraba el



Comisario, quien, como hemos dicho, creía vislumbrar connivencias y frases combinadas tal vez de antemano para engañarle, era poco á propósito para llenar el objeto que se proponía D. Vituperio, y produjo un efecto diametralmente opuesto al que esperaba.

Pero ¿qué hombre es ese? . . . preguntaron á un tiempo Misia Herminia y el Comisario.—Sobre ese hombre es sobre quien V. debe darme datos indicándome cuanto antes dónde se encuentra—continuó este.—Y, si necesario es, le intimo á V. que así lo haga, en nombre de la autoridad que represento.

—¿Quién es ese hombre? . . . ¿Dónde se encuentra? . . . Esto es precisamente lo que yo me preguntaba hace un momento, porque lo ignoro en absoluto—repuso D. Vituperio.—Pero ese hombre no debe preocuparle á V., pues en cualquier caso, á mi me correspondería intervenir y castigar, dado que la ley es



una farsa á este respecto. Mas, á Dios gracias, creo que no habrá lugar á nada de esto y espero que el enigma se aclarará.

— Enigma, sí; dice V. bien—agregó el Comisario,—porque entiendo cada vez menos.

Y entónces, resuelto ya á obrar sin miramientos, adoptó las medidas que creyó mas oportunas, sin mas demora, convencido de que se trataba de engañarle.

—Vds.—dijo á varios de sus agentes—vayan inmediatamente á registrar toda la casa sin dejar hueco ni mueble y conduzcan aquí á cuanta persona encuentren . . . En cuanto á Vds.—continuó dirigiéndose á Misia Herminia y á D. Vituperio—ya que no quieren decir la verdad, quedan ambos presos y á la disposicion de quien corresponda . . . Tenga la bondad de entregarme su arma, caballero; y V., señora, vístase pronto: pues tal vez tengamos que conducirla fuera

de aquí lo mismo que á su marido. Eso dependerá de las investigaciones que he mandado practicar y de lo que resulte del sumario que voy á iniciar.

Varios agentes, obedeciendo la órden recibida, salieron en efecto del aposento con el fin de registrar la casa; y no hay para qué decir el efecto que produjeron en los esposos las últimas palabras del Comisario.

Misia Herminia ya se veía próxima á ser conducida á la cárcel entre dos guardianes como una criminal vulgar, sufriendo el consiguiente bochorno y sin saber por qué.

Se preguntaba por qué habia venido corriendo su marido por la calle habiéndole querido detener un vigilante; por qué si no estaba demente como se lo habia figurado al principio, le habia preguntado por su amante, la habia tratado de miserable, la habia amenazado de muerte, habia registrado el cuarto



hasta dentro de los muebles y debajo de la cama; por qué habían echado la puerta abajo y había sido invadida la casa por los agentes de policia; por qué se la quería llevar á la cárcel, y sobre todo, quién era ese hombre invisible y desconocido cuyo paradero tanto empeño tenia por saber el Comisario y del cual su marido parecia hablar con cierto misterio; todo eso se preguntaba y no podia acertar una sola explicacion que aclarase esos hechos, tan incoordinados e incomprensibles como imprevistos.

Pero ¿qué podia hacer en circunstancias tales si, cuanto mas se hablaba, mas se embrollaban las cosas? . . .

A D. Vituperio, pues, era á quien correspondia aclarar la situacion, porque era el único de los que actuaban en ese *imbroglio*, que podia darse cuenta de la ilacion de los hechos, aunque el hecho primordial que habia sido el origen de todo, es decir, el haber oido por el tele-

---

fono á un hombre en amorosa plática con una mujer que creía ser la suya, permaneciese aun al estado de misterio.

Pero, para hacerlo y hacer comprender al Comisario que su intervencion era inoficiosa, á pesar de justificada, tenia que cantar de plano y descubrir ciertas cosas que él hubiera preferido quedasen ignoradas.

¿Cómo desvanecer, sino obrando en ese sentido, las presunciones que abrigaba el representante de la autoridad originadas por su propia actitud, y sus propias palabras referentes á crímenes y criminales, su desordenada carrera, sus amenazas de muerte hácia otras personas, su arma martillada y sus respuestas evasivas? . . . .

Todo eso indicaba claramente, que se hallaba mezclado en algun suceso ilícito, y aunque no eran mas que apariencias, bastaban sin embargo para que los car-

gos y procedimientos del Comisario fueran lógicamente oportunos.

Era, pues, necesario salir del mal paso a toda costa si no quería verse tratado como hombre delincuente ó por lo menos sospechoso y librar al mismo tiempo á su esposa de las presunciones de complicidad que contra ella pesaban.

Dominando su hesitacion se resolvió, pues, á hablar sin omitir detalle, y á este fin rogó al Comisario que tuviese á bien pasar al cuarto inmediato, donde podrían hacerlo sin testigos, y dejando á Misia Herminia en la posibilidad de vestirse, libre de miradas importunas.

— Voy á tener un momento de conversacion con el señor— dijo don Vituperio á su esposa— y trataré de explicarle las cosas, de manera que pueda desechar toda duda que abrigue respecto de nuestra buena conducta... Quédate en tu cuarto y nada temas; tranquilízate, que nada ha sucedido que pueda afectarnos.



El Comisario accedió á la solicitud de don Vituperio, y pasaron en efecto al cuarto inmediato.

En ese instante, los agentes que habían ido á registrar la casa, volvieron á dar cuenta de su cometido.

Nada habían encontrado que denotase rastro de crimen alguno, y traían consigo á los dos sirvientes, quienes, con los dos esposos, completaban el total de las personas que habitaban y había en la casa.

Habían dado algo que hacer, es verdad, para franquear el paso á los agentes; porque atemorizados por los gritos de auxilio dados por su ama, y el estruendo de la puerta forzada, se habían atrincherado y solo habían consentido en abrir sus puertas, mediante una especie de capitulación y cerciorados ya de que los agentes de policía eran quienes se lo mandaban.

Las declaraciones que dieron, poco ó nada pusieron en claro, porque solamente

habían oído los gritos y el estruendo de la puerta, y, despertados en sobresalto, en la creencia de que fueran malhechores que asaltaban la casa, habían tratado de ponerse en salvo atrincherándose.

Nada, pues, había sucedido en la casa antes de la entrada de don Vituperio y no había indicio sospechoso alguno en los demás departamentos; ni se había encontrado en parte alguna al hombre que á todos tenía intrigados y era la causa de todo, el nudo de la intriga.

Los agentes agregaron que, en su opinion, era imposible que se hubiera podido escapar alguien de la casa, porque las paredes eran muy altas y no había escalera con que poderlas salvar.

Esto era cierto, porque don Vituperio, en su desconfianza de hombre celoso y pretestando temor á los ladrones, había hecho arreglar su casa de modo que su parte interior fuera de difícil acceso y á fin de que nadie pudiera entrar ni salir



de ella mas que por la puerta de calle, á no valerse de andamios.

Esta relacion de sus agentes y la declaracion de los sirvientes, produjo buen efecto en el ánimo del Comisario, que se mostró mejor dispuesto para atender las esplicaciones de don Vituperio.

Hé aquí lo que le dijo éste:

—En esta casa no ha habido crímenes ni criminales de ninguna especie, señor Comisario—y sí un marido celoso de su honra, víctima de una mistificacion que no acierta á esplicarse aún . . . Para que pueda usted hacerse cargo de mi situacion y de la conducta un tanto estraña que he observado, lo confieso, voy á ponerle al corriente de lo que ha pasado sin rodeos ni disimulos.

—Perfectamente—repuso el Comisario,—yo no deseo otra cosa, y por mi parte, lo confieso tambien, á pesar de las malas apariencias, pues empiezo á creer que no son mas que apariencias,



he sentido cierta hesitacion en considerarlos á usted y á su señora esposa como delincuentes, y me felicitaré de que se aclare la situacion. Explíqueme, pues, las causas que han motivado sus palabras y su actitud, que son ahora lo único que queda por explicar; pues en la casa no hay nada sospechoso, y me daré por satisfecho.

Entónces don Vituperio relató á su interlocutor las circunstancias que habian dado lugar á los acontecimientos de esa noche, comenzando desde la instalacion telefónica, sin omitir el móvil que le habia guiado, ni detalle alguno, hasta el momento en que habia entrado en el dormitorio conyugal, creyendo encontrar en él á su rival.

Para que el Comisario se cerciorase de la veracidad de su relato, le sugirió la idea de mandar un agente al cuarto que le servia de observatorio acústico, que debía encontrarse abierto por la



precipitacion con que de él habia salido, cuyo agente podria ponerse á escuchar por el teléfono y oir lo que se hablase en la casa en ese momento. A este fin le indicó la calle y el número.

El comisario, en efecto, así lo hizo, despachando en el acto á un agente con las instrucciones necesarias ordenándole que, una vez hecha la constatacion de la existencia del aparato, volviese inmediatamente á dar cuenta. Miéntras tanto, él y don Vituperio continuaron hablando para que el agente pudiese oirlos.

El agente partió y un cuarto de hora despues volvía y daba cuenta del desempeño de su cometido.

Había ido á la calle y número indicados y había penetrado en un cuarto del piso bajo que daba á la calle y cuya puerta estaba abierta.

Una vez allí, había tomado el teléfono y se había puesto á escuchar, percibiendo entónces muy claramente las pala-

bras que decían don Vituperio y el comisario, las cuales repitió.

También dió cuenta de otro detalle.

Había visto en el suelo del cuarto un brazalete con brillantes, cuyo estuche, por la posición en que se encontraba, parecía haberse caído violentamente ó haber sido tirado por alguien.

Agregó también que al verlo, su primera intención había sido la de traerlo, porque le pareció una joya de valor y de un momento á otro podría ser presa del primero que pasase y se le ocurriese mirar al interior del cuarto; pero como luego viese que la puerta de este podía cerrarse con la llave que estaba puesta en la cerradura, desistió de su propósito dejando el estuche donde estaba, y cerrando la puerta cuya llave traía.

—Ese brazalete— dijo don Vituperio al oír la relación del agente—lo compré con el objeto de ofrecérselo á mi esposa para obsequiarla en su cumpleaños, que

cae en el día de mañana, ó mejor dicho, hoy mismo, pues que poco falta para que aclare; y es precisamente esta circunstancia la que ha motivado mi ida al cuarto tan tarde.

Y entonces esplicó tambien al Comisario la manera como pensaba colocar el estuche para que lo viese Misia Herminia al despertarse; y que lo había tirado sobre el piso de su observatorio, como bien había supuesto el agente, en el momento en que, exasperado por la conversacion amorosa que había oido por el teléfono, abandonaba á aquel para dirigirse á su casa y sorprender á los dos amantes.

El Comisario, una vez enterado de todos esos pormenores, se dió clara cuenta de la ilacion de los hechos que habían motivado su intervencion, esto es, las palabras proferidas por D. Vituperio respecto á crímenes y criminales, la actitud de éste, su arma, su desobediencia



á la intimacion del vigilante y las voces pidiendo auxilio, y comprendió que él mismo, al violentar la puerta y penetrar en la casa con sus agentes de la manera que lo había hecho, había originado esas voces; pues los que las daban, no estando en antecedentes, mal podian suponer que la autoridad policial era la que intervenia.

— Comprendo perfectamente ahora —dijo á D. Vituperio— todo lo que ha sucedido, y en verdad que iaumento sobremanera el trastorno que he venido á causarle; pero V., por su parte, tambien comprenderá que mi intervencion ha sido fundada y que no se me puede tachar siquiera de exceso de celo . . . ; Qué otra conducta podía haber observado para intervenir y evitar los hechos que, segun todas las aparieneias se iban á producir en esta casa? . . . Cuando el caso lo requiere la autoridad debe proceder con energia y sin muchos miramientos, por-



que de lo contrario su intervencion sería á menudo tardía.

—Es verdad—repuso D. Vituperio— y por mi parte no he pensado ni pienso tomar á mal el proceder de V.; tanto mas cuanto que el daño es cosa de poca monta. Una puerta forzada y la casa mas ó menos revuelta por el registro, no implican mayor perjuicio; y, ahora que V. está en antecedentes—continuó esforzándose por sonreir—prefiero en mucho esto á . . . lo otro.

—No lo dudo—replicó el Comisario sonriendo á su vez;—creo que le habrá sido á V. menos desagradable el encontrarse conmigo que con aquel dichoso hombre que tanto nos preocupó á todos durante un momento . . . Y en cuanto á lo que á esto se refiere, le aconsejo que mande llamar á un hombre competente, al mismo constructor de aparatos que ha instalado los suyos; pues es probable que pueda darle la esplicacion de lo que

aun queda por explicar, la clave de ese enigma . . . Suelen suceder cosas muy raras con estos teléfonos.

—Así lo haré—dijo D. Vituperio, prometiéndose, en efecto seguir el consejo que se le daba para tratar de aclarar por completo la mistificación que tantas tribulaciones le había causado— En cuanto amanezca mandaré llamar al constructor y le intimaré que me resuelva el problema y me diga cómo ha podido llegar á mis oídos la voz de ese Teodoro, á quien Dios confunda, y la de esa otra . . . á quien tomé un instante por mi inocente esposa . . . y le prometo á V. que si la autoridad se ve en la obligación de intervenir en mi casa nuevamente, no ha de ser por causa de los aparatos telefónicos, porque los mandaré sacar hoy mismo . . . No quiero sorprender mas secretos ni saber mas cosas que las que sepa buenamente sin que medie aparato ninguno.

---

Si á V. le parece bien—dijo en último término el Comisario—dejaré dos agentes en observacion en la puerta de calle hasta que lo juzgue oportuno. No puede cerrarse, y solamente de esa manera y dándoles la consigna de que no dejen entrar á nadie es como V. podrá librarse de una invasion de curiosos. La calle está llena de grupos de transeuntes y vecinos que creen que en efecto ha ocurrido en esta casa alguna tragedia, y sólo aguardan el momento propicio para satisfacer su curiosidad.

—Me parece muy acertado—dijo D. Vituperio—y así me libraré de importunos, á lo menos por ahora.

El Comisario se marchó y, como se había convenido, dejó á dos agentes para impedir la invasion de curiosos de toda especie, que hubiera sido inevitable á no tomarse esta precaucion; pues lo ocurrido en la casa había producido un alboroto infernal en el barrio.



Despertados en sobresalto los vecinos mas inmediatos por los sendos golpes que daban los agentes de la autoridad para franquearse el paso y por las voces de socorro que siguieron á los golpes, se levantaron apresuradamente para averiguar lo que ocurría y se asomaron á puertas y ventanas, la mayor parte á medio vestir.

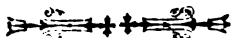
No tardaron en abocarse unos con otros y se formaron grupos en los umbrales. Algunos habian ido á tomar informes y aun habian intentado penetrar en la casa; pero, rechazados por los vigilantes, que habian permanecido de guardia desde el primer momento, los cuales no permitian entrar á nadie cumpliendo la órden del Comisario, cada cual se volvia sin haber podido averiguar nada, haciéndose mil suposiciones diversas y haciendo partícipe de ellas á los demas, que le pagaban en la misma moneda.

El resultado fué, como siempre sucede en estos casos, que incitados los ánimos hácia lo extraordinario, y refundiéndose y complicándose los comentarios de unos y otros, se hiciesen las conjeturas mas extravagantes é inverosímiles sobre la causa que había motivado la intervención policial en el domicilio conyugal del celoso don Vituperio.

Cada vecino se había convertido en novelista é inventaba una tragedia para esplicar el derribo de la puerta y las voces de socorro.

Pero, como no había testigos oculares, todas las versiones eran puestas en duda por los unos y desmentidas por los otros; de manera que la curiosidad, en vez de satisfacerse, se avivaba.

No era, pues, inútil la precaucion tomada para impedir la entrada á esa avalancha de curiosos.





## VII

### TODO SE ACLARA

Una vez que se hubo marchado el Comisario, don Vituperio se acercó á la puerta del dormitorio y, entreabriéndola, preguntó á su esposa si se hallaba mas tranquila y si las violentas emociones experimentadas no le habían ocasionado alguna indisposicion.

—No te ocupes de mí— contestóle Misia Herminia muy calmada.—La sobrecitacion nerviosa que me han causado los acontecimientos inesperados de esta noche, ya se me va quitando y no preciso nada.

Mas tarde, cuando haya hablado

---

con otra persona, te lo explicaré todo — agregó don Vituperio—y no te preocupes; pues, vuelvo á repetírtelo, no ha sucedido cosa alguna que pueda afligirte.

—Como quieras— respondió aquella.—Haz lo que creas conveniente: yo trataré de descansar miétras tanto.

Don Vituperio volvió á cerrar la puerta, dejando á su esposa en el dormitorio y púsose á pasear á lo largo del cuarto inmediato, esperando el momento de mandar llamar al constructor.

Sin embargo, no había dejado de observar que su esposa no había manifestado el empeño que era de esperar en saber cuanto antes las causas que habían dado lugar á tanto trastorno, siendo así que ella debía suponer que él se las había hecho conocer al Comisario.

En una palabra, su esposa, en semejantes circunstancias y despues de lo que había pasado, le pareció demasiado

despreocupada, lo que contrastaba con su anterior afán por saberlo todo.

También le había parecido oír un roce de vestidos al aproximarse él á la puerta del dormitorio; pero no paró la atención en esas particularidades.

Esa noche era para él noche de falsas sensaciones y de apreciaciones erróneas, y no estaba su ánimo para preocuparse de pequeñeces.

Sin embargo, esta vez sus percepciones no habían sido engañosas.

Veamos lo que había hecho Misia Herminia á partir del momento en que su marido había salido del dormitorio junto con el Comisario, de jándola allí.

Mientras aquél hacía su confesion á éste poniéndole en el secreto de la instalación telefónica y refiriéndole los demás incidentes que explicaban su conducta, no eran solamente los oídos del funcionario público los que recogían sus palabras, porque Misia Herminia (proce-

---

der muy disculpable en una persona que se encuentra en una situación como la suya) no había podido resistir á la tentación de ponerse á escuchar por la abertura de la puerta que había entreabierto con precaucion.

Ya en posesion de sí misma por las tranquilizadoras palabras que le había dirigido su marido, predominaba en ella un vivo deseo de conocer la causa que había dado lugar á esa complicacion de acontecimientos tan rápidos é inesplicables; y, tanto para satisfacer esa curiosidad, como para disipar el resto de inquietud que aun abrigaba sobre el desenlace final, era que se había puesto á escuchar.

Era ella, pues, la que había producido ese roce de vestidos que había percibido su marido al aproximarse á la puerta del dormitorio; porque, al oirle venir hácia ella, se había retirado precipitadamente al otro extremo de la habi-



tacion; y por esto tambien, como que ya estaba enterada, no habia manifestado la impaciencia propia del caso, á fin de que la enterase de lo sucedido, despreocupacion que habia sido observada por él

Ya es de imaginarse la sorpresa que causarían á Misia Herminia las revelaciones de su marido.

Al cabo ya de la instalacion telefónica y del espionaje constante de éste, se explicaba todo claramente por lógicas deducciones: sus tardanzas, sus idas y venidas, las despedidas de sirvientes, su aire misterioso, su carácter desigual que le tornaba, ya jovial, ya ceñudo, de una hora para otra sin causas aparentes.

Se sorprendió sobremanera, tambien, al saber que tenia un marido tan estrechamente celoso, y, á haber estado en una situacion de ánimo mas normal, se hubiera reido del chasco de Teodoro, sobre cuyo punto, aun no esclarecido, se fió su curiosidad.



— Qué solapado! — decíase — ; Quién lo hubiera imaginado?... Cuántas cosas habrá escuchado este bribon cuando yo hablaba con otras personas creyéndole muy distante de que pudiera oirme!.... Pero — agregaba con indiferencia, pues tenía la conciencia tranquila y no tenía grandes pecados que echarse en cara — poco ó nada que no pueda haberle dicho á él mismo habrá oído... En todo caso, si ha llegado á sorprender alguna conversacion que le haya picado, bien empleado le está por curioso y desconfiado... Pero ;por qué será tan celoso?...

Los regalos tienen la propiedad de predisponer el ánimo de los que los reciben á favor de los que los hacen, en cualquier circunstancia, y el detalle del brazalete la hizo sonreír á pesar suyo.

Solo le faltaba, pues, saber cómo había podido oír su marido á esas horas y por su teléfono un diálogo tan adecuado para inducirle en error, y ;qué error, que ha-





bia estado á punto de costarle la vida!

Pero se prometió saberlo sin esperar á que se lo dijera él, empleando el mismo ardid que había puesto en práctica: escuchando.

D. Vituperio, por su parte, estaba tambien impaciente por saber á qué atenerse, y no podia desechar la obsesion en que le tenia el enigmático fenómeno que le hacia desempeñar un rol tan violento como ridiculo.

En vano se preguntaba si era víctima de una broma ;y qué broma pesada hubiera sido! por parte de algun chusco que hubiese estado en el secreto de la instalacion telefónica y del objeto con que se había llevado á cabo y que había querido divertirse burlándose de él; pero cómo? . . .

Hubiera sido necesario para esto que el coloquio hubiera tenido lugar en su casa, porque solo con los aparatos allí colocados tenia comunicacion el hilo.



¿Sería acaso víctima de alguna alucinación; de falsas sensaciones debidas á un estado de desarreglo momentáneo de sus facultades, provocado por su idea fija de hombre celoso; una especie de delirio análogo al que acomete á los que padecen fiebre?... No era imposible.

¿No le había parecido oír, antes que esa conversacion amorosa, acordes musicales y ruidos estraños que en manera alguna podían haberse producido en su casa?...

Sin embargo, ninguna de esas conjeturas le satisfacía, y continuaba paseándose de un extremo á otro del aposento empeñado en esa penosa investigacion mental.

Por fin, el sol alumbró con sus primeros rayos y, no bien vió la luz del dia, D. Vituperio mandó llamar al constructor.

En vista de la urgencia con que se le llamaba. éste se trasladó al domicilio

de su cliente haciendo conjeturas sobre lo que podría motivar el que se necesitase de sus servicios tan temprano.

Llegado allí, oyó á su vez el relato circunstanciado de lo que había ocurrido durante la noche, que no dejó de sorprenderle.

Como estaba bien seguro de que sus aparatos no hablaban solos, creyó tambien en el primer momento que Misia Herminia engañaba á su marido, como lo había creído éste, y que había hecho escapar al galán de alguna manera.

¿Cómo explicar los hechos de otro modo?

¿Entre quiénes y dónde podría haber tenido lugar semejante coloquio á no ser en la misma casa de D. Vituperio?

Sin embargo, otras particularidades le indujeron á atribuir el fenómeno á una de las causas á las que lógicamente podía atribuirse.

Esas particularidades eran los otros



ruidos y sonidos musicales que D. Vituperio había oído además del coloquio amoroso, y dedujo, aunque era necesario para ello suponer una coincidencia bien rara, que se había producido un contacto entre la línea de los aparatos de éste y otra línea.

Con esa idea resolvió ir á inspeccionar la línea, diciendo á D. Vituperio que pronto volvería probablemente con la solución del problema, lo que ocasionó nueva espera y nueva impaciencia.

Pero no tardó mucho en estar de vuelta.

Su aspecto era un tanto sonriente, como el de una persona que acaba de saber un suceso muy original, y esto llamó la atención de D. Vituperio.

— Qué risueño vuelve V.! — le dijo éste un poco picado — se conoce que no ha pasado la noche que he pasado yo.

— Hombre, no es para menos—contestó el constructor.—Lo que ha pasado

es una aventura tan bien coordinada para dar lugar á la equivocacion que se ha producido, que no parece casual, como lo es.

— Explíquese — dijo Don Vituperio malhumorado.

— A eso voy — continuó aquél — Figúrese Vd. que hace varias noches que en el teatro X... se están verificando ensayos por la compañía que debutará mañana en él. Pues bien, el empresario de esa compañía se halla momentaneamente indispuerto y sin poder trasladarse al teatro para asistir á esos ensayos, y como está en su interes que la representacion se dé lo mejor posible, quiso darse cuenta de algun modo de cómo se verificaban esas repeticiones, por aquello de que para el interesado, no hay mejores ojos ni mejores oidos que los propios. Con tal fin, pues, hizo colocar aparatos telefónicos en el teatro, instalacion que tambien llevé á cabo yo mismo, y, gracias á ellos, estaba en condiciones de

poder fiscalizar esas repeticiones sin moverse de su casa.

— Pero ¿qué tengo yo que ver con eso? — preguntó D. Vituperio.

— Mas de lo que Vd. hubiera deseado, como lo verá—repuso el constructor.— He dicho que el tal empresario estaba en condiciones de seguir la marcha de esos ensayos por medio de los aparatos telefónicos, lo mismo que Vd. lo estaba respecto á lo que pasaba en su casa; ahora bien, cuando salí de aquí con el objeto de inspeccionar la línea de los aparatos de Vd., al llegar á cierto punto vi que, como lo había sospechado, estaba en contacto con otra línea. Un poste se había vencido y, al inclinarse, había hecho descansar el alambre de esa línea sobre la que sale de esta casa, formando un contacto metálico suficiente para que toda corriente eléctrica que llegase á ese punto de contacto se transmitiese al mismo tiempo, dividiéndose, por el nue-



vo alambre que le ofrecía camino. Por lo tanto, desde el momento en que se verificó ese contacto casual, Vd. estaba en condiciones de poder percibir en su teléfono receptor todo sonido que afectase, tanto los aparatos colocados en su casa, como los del teatro unido á esa otra línea: lo mismo, por otra parte, que podía hacerlo el impresario; pues él, á su vez, podía oír, desde ese momento, así lo que pasaba en el teatro como en la casa de Vd., como ha sucedido. Esto es un fenómeno muy conocido y que no tiene nada de extraordinario, porque si á una línea en que circula una corriente eléctrica cualquiera se le pone en contacto con otras mil líneas, la electricidad tomará esos mil caminos nuevos que se le abren y la corriente se repartirá en todas ellas, según la resistencia de cada cual.

— ¿Es decir, que desde el momento en que se produjo el contacto que Vd. dice entre las dos líneas, el empresario

---

podía oír lo que pasaba en mi casa? — preguntó D. Vituperio, incomodado por esa nueva circunstancia y que, por lo visto, no estaba á cabo de disgustos.

— Así es y así ha sucedido, como ya lo he dicho. Una vez que hube constatado ese contacto y que la línea que lo producía era la que iba del teatro á la casa del empresario, me figuré lo que podía haber sucedido, y para averiguarlo mejor me fui á verle. No bien entré me puso la queja de que anoche había oído transmisiones anormales que le habían perturbado y cuya procedencia ignoraba. Me dijo que, al mismo tiempo que estaba oyendo el ensayo, oía las voces de dos mujeres que no debían formar parte de la compañía ni encontrarse en el teatro: que á juzgar por lo que decían, debían ser ama y criada, porque la una mandaba á la otra que le alcanzara, ya una bata, una gorra de dormir y otras cosas por el estilo.



— Indudablemente ha estado oyendo á mi mujer al tiempo de acostarse dijo D. Vituperio agarrándose la cabeza.


— Seguramente — continuó el constructor. — Me dijo también que algun tiempo despues de haber oido á esas mujeres y en momentos en que tocaba á su fin el último ensayo de una petipieza jocosa, habia oido voces de un hombre que amenazaba á una mujer y, despues, gritos de ésta y voces de otros hombres, todo lo cual se mezclaba con lo que le llegaba del teatro y producía tal confusion de voces y ruidos en su teléfono, que no podía distinguir nada con claridad. De esto yo deduje que habia oido la escena que ha tenido lugar en el dormitorio de Vd. desde que entró Vd. en él creyendo encontrar á su esposa con un amante. Para completar mis informes, pedí algunos detalles al empresario sobre la petipieza que se ensayaba, y los que me dió no dejan duda alguna respecto á

que ha sido parte de ella la que oyó Vd. por su teléfono, pues la protagonista de esta petipieza es precisamente una mujer adúltera que tiene con su amante la misma conversación que ha llegado á sus oídos y que tanto trastorno le causó: si Vd. quiere oír nuevamente ese coloquio amoroso, no tiene más que asistir á la representación de mañana y quedará completamente edificado sobre los acontecimientos de la noche.

— No, no—dijo D. Vituperio haciendo un gesto de denegación — con una vez basta y sobra y me doy por convencido sin más pruebas. Es muy probable que si fuese á oírla me parecería que todos los presentes sabrían mi aventura y se burlarían de mí.

—No será difícil que la sepan muchos para entonces—dijo el constructor— porque estas cosas corren de boca en boca como llamada de pólvora. . . . Con que, creo haber terminado mi mi-

---



sion por ahora: el poste ha sido afianzado nuevamente y han quedado separadas las dos líneas. En caso de que vuelva á suceder otra vez una cosa parecida á la que ha ocurrido, ya sabrá Vd. á qué atenerse y no se precipitará, como lo ha hecho, imitando á la electricidad.

—El que vuelva á suceder no me da cuidado—dijo D. Vituperio—porque V. me hará el servicio de sacar esos aparatos de mi casa cuanto antes y llevarlos bien lejos. No quiero más espionaje ni estar espuesto á que cualquiera, merced á un simple contacto con la línea, pueda enterarse de lo que pasa en mi casa; pues veo que la electricidad, en este caso, es un arma de dos filos.

En vista de esto, el constructor prometió volver á la tarde á sacar los aparatos y se marchó.







## VIII

### TODO SE ARREGLA

**E**l misterio se había aclarado, pues, de una manera que, si bien no dejaba exento de desagrado á D. Vituperio por el rol que había desempeñado y el escándalo cometido, era completamente satisfactoria bajo el punto de vista de su susceptibilidad marital, porque no le permitía abrigar ya la más leve duda de que su mujer fuera la que había sostenido el diálogo con Teodoro.

Sin embargo, no todo había terminado para él.

Ignorando que su esposa se hubiese enterado de todo escuchando á hurtadi-



llas, le faltaba aun entrar en esplicaciones con ella haciéndole partícipe de lo ocurrido y le tenía muy preocupado é inquieto el resultado de este paso y no sabía cómo habían de ser apreciadas las disculpas que pensaba darle.

Es que era, en verdad, un paso muy trascendental el que le faltaba dar y de cuyos resultados iban á depender las futuras buenas ó malas relaciones de los esposos é influiría directamente sobre la felicidad de ambos

A él le importaba poco, al fin, que todos supieran su aventura; pues ¿qué más podrían hacer que hablar y ridiculizarle? . . . Esto era de pocas consecuencias.

Pero ¿cómo tomaría las cosas Misia Herminia una vez que le revelase su proceder?

A más de la injuria que implicaba ese proceder injusto y su vil espionaje, la había insultado de una manera soez, como á una mujer cualquiera.



¿No abrigaría en adelante hácia él, heridos en lo más hondo su amor propio y su delicadeza de muger, un sentimiento de indignacion y tal vez de menosprecio que le haría desmerecer á sus ojos?

Con estos temores continuaba paseándose D. Vituperio á lo largo del aposento, titubeando por entrar y varias veces se había aproximado á la puerta del dormitorio para abrirla y se había detenido, demorando la entrevista y buscando palabras y frases para disculparse, como el que ve en la elocuencia el último recurso de que pueda echar mano para atenuar las consecuencias de un delito.

Misia Herminia, por su parte, que le había observado y adivinaba lo que pasaba en su ánimo, había tenido tiempo de pensar en la actitud que debía asumir, de la cual, ella también lo comprendía, podía depender la futura felicidad de ambos; porque, en toda vida íntima,



una desavenencia que deja raíces, una herida mal curada, abren camino á otras muchas y bastan para que en adelante dos seres no se toleren ni se comprendan y lo vean todo de distinto modo.

En el primer momento, es verdad, se sintió indignada contra él y estuvo tentada de acriminarle duramente su conducta poco caballeresca, cuando llegase el momento oportuno.

¿Cómo ella, esposa fiel y amante, llena de atenciones para su marido, que solo se ocupaba de su bienestar y trataba de hacerle la vida lo más agradable posible, sin haber pensado nunca siquiera en engañarle, obtenía como recompensa un vil espionaje, como si fuera una mujer á quien era necesario guardar con centinela de vista para evitar sus desmanes! . . . .

¿Era esto justo, tolerable y propio de un hombre que estima á su mujer?...

No, á buen seguro.



**Pero, ese momento de encono y esos proyectos de acriminacion se desvanecieron pronto en el ánimo de Misia Herminia; porque su corazon era noble y su alma grande, y veía que su marido estaba suficientemente castigado con las violentas emociones que le habian hecho experimentar los sucesos de la noche y la ridicula situacion en que se habia colocado.**

**Ademas ¿no era su amor hacia ella la causa de todo?**

**¿No era una circunstancia atenuante de gran valia en una causa en que precisamente esos sentimientos de afeccion que el delincuente abrigaba para con el juez, que era ella, eran los que habian originado el delito?...**

**Desde luego, entonces, el sobreesimiento, la absolucion fueron resueltos y con una linea de conducta ya trazada fué que esperó á que entrase su marido.**

**Por fin éste se decidió á hacerlo y**

entró en el dormitorio como un niño que teme las consecuencias de una falta que se vé obligado á confesar.

—Ven, siéntate aquí, Herminia—dijo á su esposa indicándole que se sentase junto á él en un sofá.—Voy á enterarte de todo lo que ha pasado... Escúchame con benevolencia; porque he sido muy injusto contigo... ahora solamente es cuando me doy cuenta de toda la villanía de mi proceder

—No prosigas—dijo Misia Herminia tratando de dar á sus palabras una entonacion jovial—porque lo sé todo. Tú me has dado el ejemplo y no puedes quejarte de que te haya imitado. He estado escuchando detrás de la puerta las esplicaciones que dabas al comisario y al constructor, como asimismo las que te ha dado éste y te felicito por haber encontrado la manera de oír petipiezas sin pagar, si bien me parece que no debes pretender hacérselas pagar á tu mujer.

¡Vaya el mal rato que nos ha hecho pasar el dichoso Teodoro!... Supongo que te acordarás de él por algún tiempo y es preciso convenir en que bien merecido tenías el chasco que te has llevado por tu felonía y tus inesplicables celos.

D. Vituperio estaba sorprendido, anhelante, no sabiendo qué augurar de esas palabras y de esa entonación, y Misia Herminia leía en sus ojos una solicitud de perdón.

—Pero, no hablemos más de esto— continuó ella y, si quieres que todo quede olvidado, es necesario que cumplas la pena que voy á imponerte como castigo definitivo.

—¿Qué quieres decir?— preguntó don Vituperio fluctuando entre el temor y la esperanza.

—Digo—repuso aquélla sonriendo—que te condeno á que vayas á buscarme sin demora el brazalete que has dejado tirado en el suelo del cuarto de tu

maldito teléfono; pues no debes olvidar que hoy es el día de mi cumpleaños... día en que todo buen marido debe obsequiar á su esposa.

—Ah, Herminia! — exclamó aquél lleno de gratitud y tomándole la mano con cariño—soy indigno de poseerte!...

Y salió gozoso en busca de la joya que, en parte, había sido la causa del alboroto.

.....  
.....  
.....

Y así, suministrándonos una moraleja para esta historia, Misia Herminia vino á demostrar una vez más que, á pesar de las tonterías del marido y á pesar de los teléfonos y de los Teodoros, todos los disturbios son pasajeros y todo se arregla en un matrimonio, cuando la mujer es de buena ley.